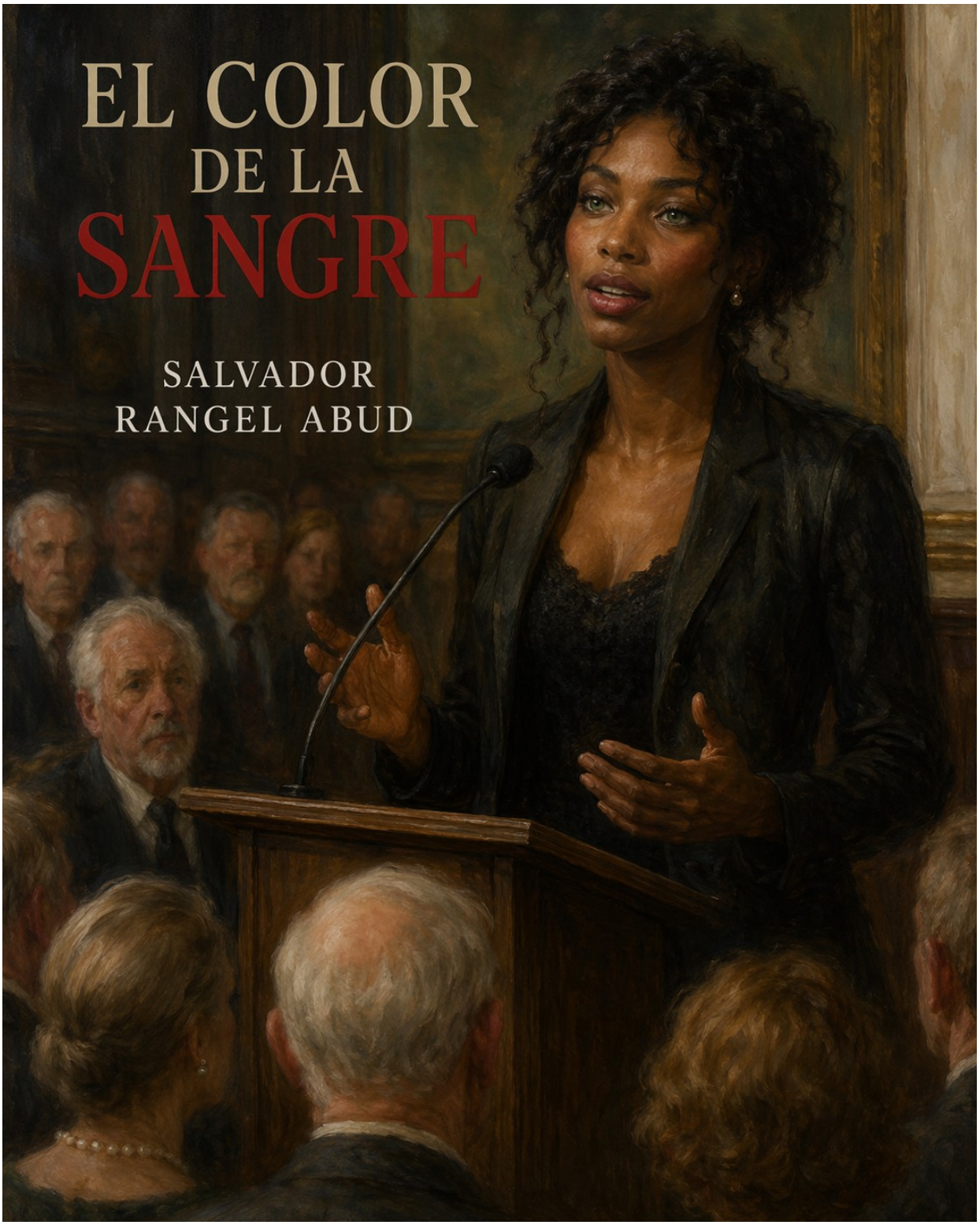
EL COLOR
DE LA
SANGRE
SALVADOR
RANGEL ABUD

EL COLOR DE LA SANGRE

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Me llamo Janice Sterling-Grant y soy negra. Mis padres son blancos. Los dos.

El color de la sangre es la historia de Janice Sterling-Grant, mujer negra nacida de padres blancos en la Inglaterra contemporánea, cuya existencia desencadena una investigación genealógica que descubre a Joseph Adeyemi, bisabuelo nigeriano borrado de la memoria familiar durante generaciones. Narrada en primera persona desde la voz adulta de Janice, la novela recorre su infancia en Hertfordshire, su paso por un internado de élite en Surrey, sus años en Oxford, su carrera como activista y figura pública internacional, y su relación con Thomas Mwade, un académico negro que la ama y que sin embargo no puede vencer el miedo a que sus hijos no lleven adentro lo que él considera irreemplazable.

La novela no trata sobre el racismo como abstracción sino sobre el miedo como mecanismo: el mismo miedo que llevó a un padre blanco a no tocar a su hija recién nacida y el que lleva a un hombre negro a no poder darle a la mujer que ama lo que ella merece. Dos versiones del mismo mecanismo. Un solo nombre para ambas: segregación.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene racismo institucional narrado sin anestesia, el dolor específico de crecer en un cuerpo que el mundo convierte en problema, una relación amorosa que termina sin final feliz porque la honestidad lo exige, la muerte de un padre que llegó tarde pero llegó, y preguntas sobre la identidad racial, la memoria familiar y el amor como argumento insuficiente contra siglos de historia que el lector deberá resolver por su propia cuenta.

No hay villanos redimidos a tiempo. No hay lección aprendida sin costo. No hay consuelo fácil al final.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: El color de la sangre

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela literaria / Drama social / Ficción de identidad racial

Estructura: Prólogo + 12 capítulos + Epílogo

Ambientación: Reino Unido — Londres, Hertfordshire, Surrey, Oxford
Idioma: Español
Año de publicación: 2026
Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto
Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que llevo tiempo haciéndome: ¿puede el amor individual desmantelar lo que siglos de historia construyeron? La respuesta que encontré no es reconfortante. Pero es honesta. Y la honestidad, en un tema como la segregación racial, me parece más valiosa que el consuelo.

Janice Sterling-Grant no es un símbolo. Es una persona específica con una historia específica y una voz que aprendió a construirse en los espacios donde se le decía que no debería estar. Si esta novela incomoda al lector que cree que el problema de la raza está resuelto y también al lector que cree que la identidad racial debe preservarse a cualquier precio, entonces ha hecho exactamente lo que se propuso.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

segregación racial · Reino Unido · identidad · raza · familia · herencia genética · diáspora africana · Nigeria · Londres · Oxford · novela literaria · primera persona · James Baldwin · amor y miedo · memoria familiar · novela en español

---

TEMAS PRINCIPALES

La novela no trata sobre el color de la piel sino sobre lo que el miedo hace con él. A lo largo de sus doce capítulos, *El color de la sangre* explora la segregación racial como mecanismo psicológico y estructural que sobrevive a las leyes que intentan prohibirlo, la memoria familiar como acto político — lo que las familias eligen recordar y lo que eligen olvidar tiene consecuencias que viajan a través de generaciones —, el amor paterno como proceso lento

y costoso en lugar de instinto inmediato, la identidad racial como construcción que tiene consecuencias reales aunque sea artificial en su origen, y la paradoja de quien dedica su vida a combatir un mal y descubre que el hombre que ama no puede librarse de una versión de ese mismo mal.

CITAS DESTACADAS

"Me llamo Janice Sterling-Grant y soy negra. Lo digo así, sin preámbulo, porque toda mi vida me han pedido que lo suavice."

"La segregación racial no tiene color: tiene miedo, tiene historia, tiene generaciones de dolor transmitido."

"El Imperio trajo mucha gente a estas islas, señor Sterling-Grant. Algunas de esas historias quedaron en los registros. Otras se quedaron en la sangre."

"En tu caso la pregunta llegó antes que el sentimiento. Eso es lo que me preocupa."

"La sangre que él tanto necesitaba que fuera pura resultaría ser exactamente tan complicada como la mía."

"No llegué a donde estoy a pesar de ti sino también a través de ti."

"Contar. Nombrar. Seguir."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *El color de la sangre* un territorio narrativo cercano, con el anclaje británico y la voz en primera persona que le son propios.

James Baldwin (*El fuego la próxima vez*, *Ve y cuéntalo en la montaña*): la prosa densa y musical que no separa el argumento moral de la emoción personal, la lucidez sin amargura como postura ética ante la injusticia racial.

Zadie Smith (*Dientes blancos*): la Inglaterra multicultural narrada desde adentro, con sus contradicciones y sus genealogías imprevistas, sin la comodidad de las resoluciones fáciles.

Chimamanda Ngozi Adichie (*Americanah*): la identidad racial como experiencia vivida que la política no alcanza a describir del todo, narrada por una mujer que ha aprendido a ocupar los espacios donde se le decía que no debía estar.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Edward Sterling-Grant tardó treinta años en llegar al otro lado de su miedo. ¿Es eso suficiente? ¿Cuánto tiempo tiene derecho a tomarse un padre para aprender a querer a su hija?

Thomas Mwade sabe perfectamente que su miedo reproduce la misma lógica que dice combatir. ¿Lo hace eso más culpable o más comprensible que alguien que no lo sabe?

Janice dice que no llegó a donde está a pesar de su padre sino también a través de él. ¿Es esa generosidad una virtud o una forma de eludir la rabia que tendría derecho a sentir?

Joseph Adeyemi fue borrado de la memoria familiar durante cuatro generaciones. ¿Quién es responsable de ese borrado: los que lo decidieron o los que no lo cuestionaron?

La novela termina sin final feliz. ¿Cree usted que ese final es honesto o que es una elección del autor que podría haberse tomado de otra manera?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). El color de la sangre. Internet Archive. https://archive.org

MLA: Rangel Abud, Salvador. *El color de la sangre*. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *El color de la sangre*. Internet Archive, 2026.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de ciento setenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la comedia negra, la ciencia ficción, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista, el thriller de intriga familiar, la ficción onírica, la ficción especulativa de denuncia política y — como demuestra esta entrega — la novela literaria de identidad racial narrada con la lucidez moral de la mejor tradición anglófona.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

El Reino Unido tiene una historia racial que no ha terminado de procesar. Tiene comunidades que conviven sin conocerse. Tiene instituciones que proclaman la igualdad y practican la exclusión con una elegancia suficientemente bien educada como para que nadie pueda señalarla directamente. Tiene hombres y mujeres que luchan contra la segregación en los foros internacionales y que no siempre pueden vencer sus propias versiones del miedo que combaten.

Tiene, también, la sangre de Joseph Adeyemi viajando a través de generaciones en cuerpos que no saben que la llevan.

Esta novela es para todos ellos. Para los que tienen miedo y lo saben. Para los que tienen miedo y no lo saben. Y para los que están en el medio, como Janice, aprendiendo a existir en el espacio entre las categorías con la única herramienta que nadie puede quitarles: la voz.

ÍNDICE

PRÓLOGO: La declaración
CAPÍTULO 1: La niña que no esperaban
CAPÍTULO 2: La investigación
CAPÍTULO 3: La casa dividida
CAPÍTULO 4: El colegio
CAPÍTULO 5: El nombre del bisabuelo
CAPÍTULO 6: El padre
CAPÍTULO 7: Oxford
CAPÍTULO 8: La luchadora
CAPÍTULO 9: Thomas
CAPÍTULO 10: La grieta
CAPÍTULO 11: La herencia de Edward
CAPÍTULO 12: El color de la sangre
EPÍLOGO: Lo que la sangre no resuelve

EL COLOR DE LA SANGRE

Por: Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

La declaración

Londres, tiempo presente

Me llamo Janice Sterling-Grant y soy negra.

Lo digo así, sin preámbulo, porque toda mi vida me han pedido que lo suavice. Que diga afrodescendiente, que diga de color, que diga británica de origen diverso, como si hubiera algo en la palabra que necesitara un vendaje antes de salir al aire. No lo hay. Soy negra. Mi piel lo dice cada mañana cuando me miro al espejo, y el espejo, a diferencia de mucha gente que he conocido, nunca me ha mentido.

Estoy aquí, en este foro, ante ustedes, porque me lo pidieron. Porque dicen que mi historia ilumina algo que prefieren no ver de frente. Puede ser. He aprendido a desconfiar de los que me invitan a hablar sobre la raza como si hablar fuera suficiente, como si las palabras tuvieran el poder de desmantelar lo que siglos de miedo construyeron. Pero también he aprendido que el silencio no construye nada en absoluto, de modo que hablo.

Llevo veinte años hablando. Esta noche hablaré una vez más.

Mis padres son blancos.

Los dos.

Edward Sterling-Grant, que fue miembro del Parlamento por el Partido Conservador durante dieciséis años y murió hace tres sin haber resuelto del todo la contradicción de haberme engendrado. Y Catherine Aldrich de

Sterling-Grant, que me tomó en brazos el día que nací antes de que nadie en la sala de partos tuviera tiempo de reaccionar, y que todavía hoy, a sus setenta y cuatro años, me llama los jueves por la tarde para preguntarme si como bien.

Mi madre nunca tuvo un problema con mi piel. Mi padre tardó treinta años en no tenerlo. Esa diferencia de treinta años es, en cierta medida, el argumento de todo lo que voy a contarles.

La genética es una forma de honestidad que los seres humanos llevamos siglos intentando silenciar. En algún punto de mi árbol genealógico, en alguna rama que mi familia prefirió no iluminar, hubo un hombre africano cuya sangre llegó hasta mí con la precisión de una carta que nadie quiso firmar pero que de algún modo fue enviada.

Ese hombre se llamaba Joseph Adeyemi. Era nigeriano. Llegó a Inglaterra en los primeros años del siglo pasado, se enamoró, tuvo hijos, y fue borrado. No de la historia, que a los borrados de la historia rara vez se les hace justicia, sino de la memoria familiar, que es la única historia que de verdad duele perder. Lo borraron porque resultaba incómodo. Porque su sangre era oscura y la de sus descendientes quería ser clara.

Porque en este país, durante mucho tiempo y todavía hoy en ciertos salones que conozco bien, el color de la piel ha funcionado como un documento de identidad que nadie eligió pero que todos debemos cargar.

Yo cargo el mío. Lo he cargado en los colegios donde aprendí que la exclusión puede ser perfectamente educada. Lo he cargado en las universidades donde descubrí que el racismo académico es el más difícil de nombrar porque viene vestido de objetividad. Lo he cargado en los foros como este, donde me aplauden con entusiasmo y luego, en los cócteles, me preguntan con esa curiosidad apenas disimulada de dónde soy realmente, como si Londres, donde nací, no fuera un lugar suficientemente real para alguien que luce como yo.

No les voy a contar esta historia para que me compadezcan. La compasión es el lujo de los que observan desde afuera, y yo no he vivido mi vida desde afuera. Se las cuento porque creo, y esta creencia me ha costado más de lo que esta noche voy a revelar, que la segregación racial no es un problema de ignorancia.

Es un problema de miedo. Y el miedo, a diferencia de la ignorancia, no se cura con información. Se cura, si es que se cura, con algo mucho más lento y mucho más doloroso que cualquier discurso que yo pueda pronunciar aquí.

He amado a un hombre que lo sabía todo sobre el miedo. Que había dedicado su vida, como yo, a combatir exactamente lo que él mismo no podía vencer cuando la batalla se libraba en su interior. No voy a decir su nombre todavía. Llegará el momento. Por ahora basta con decir que lo que no pudo resolverse entre nosotros me enseñó más sobre la naturaleza de este problema que veinte años de activismo, que todos los foros y todas las tribunas y todos los aplausos que he recibido en salas como esta.

Me llamo Janice Sterling-Grant, soy negra, y mis padres son blancos.

Eso es todo lo que necesitan saber por ahora.

El resto es lo que haré por explicarles.

CAPÍTULO 1

La niña que no esperaban

Hertfordshire, treinta años antes

Mi madre me ha contado esta historia tantas veces que ya no sé si la recuerdo o si simplemente la he heredado, como se heredan ciertas formas de reír o ciertos miedos nocturnos que no tienen explicación racional. Lo que sé es que cada vez que ella la cuenta, hay un momento en que su voz cambia. No se quiebra. Catherine Aldrich de Sterling-Grant no es una mujer que permite que su voz se quiebre en público, ni siquiera ante su hija. Pero hay un instante, siempre el mismo, en que algo se desplaza ligeramente detrás de sus ojos, como si el recuerdo pesara más de lo que ella está dispuesta a admitir. Ese instante ocurre cuando describe la cara de mi padre.

Era el catorce de marzo. Un martes. Mi madre recuerda el día de la semana con una precisión que siempre me ha parecido significativa, como si el martes tuviera algo que ver con lo que ocurrió, como si un lunes o un viernes hubieran producido una hija distinta. El Hospital Princess Alexandra de Harlow, a cuarenta minutos de la casa familiar en Hertfordshire, donde los Sterling-Grant llevaban tres generaciones acumulando el tipo de respetabilidad que en Inglaterra se mide por la antigüedad de los muebles y la discreción de los escándalos.

Mi madre llevaba catorce horas de trabajo de parto. Mi padre había llegado a las nueve de la mañana con el periódico doblado bajo el brazo, como si fuera a esperar en la sala de un médico a que le recetaran algo para el resfriado. Eso también me lo contó mi madre, años después, en una de esas tardes de invierno en que el té se enfría antes de que uno termine de beberlo y afuera el cielo de Londres tiene ese color exacto de la resignación. Yo tendría quince años. Ella acababa de terminar de leer algo, dejó el libro boca abajo sobre la mesita y me miró con esa expresión suya de quien ha decidido decir una verdad que llevaba tiempo guardando.

—Llegó con el Times —dijo—. Lo doblaba y lo desdoblaba mientras esperaba. Lo hizo durante horas. Cuando entré en la fase final nunca soltó el periódico.

—¿Estaba nervioso? —le pregunté, porque a los quince años todavía creía que los nervios podían explicarlo todo.

Mi madre consideró la pregunta con la seriedad que merecía.

—No creo que fuera nerviosismo —dijo al fin—. Edward no era un hombre nervioso. Era un hombre que necesitaba tener algo en las manos cuando el mundo se le volvía inmanejable. El periódico era su forma de decirle al

mundo que él seguía siendo el mismo hombre de siempre, que nada de lo que ocurriera en esa habitación podía cambiar eso.

Se quedó callada un momento.

—Se equivocaba, claro —añadió, y tomó el té aunque ya estaba frío.

El médico se llamaba Harrington. Mi madre lo recuerda porque era el tipo de hombre que inspira confianza no por lo que dice sino por la forma en que sostiene el silencio, y en aquella sala de partos el silencio fue, durante varios segundos que debieron sentirse como una geografía completa, el único habitante de la habitación. Yo llegué al mundo con una vitalidad que desmintió de inmediato cualquier posibilidad de que algo anduviera mal en el sentido clínico de la expresión.

Lloraba. Respiraba. Todos mis dedos estaban en el lugar correcto. El doctor Harrington hizo las comprobaciones de rigor con la eficiencia de quien ha presenciado miles de nacimientos y sabe que el milagro, si existe, reside en los detalles técnicos. Y entonces me envolvió en la manta blanca de reglamento y se quedó un segundo de más con los ojos puestos en mí antes de acercarse a mi madre.

Fue ese segundo lo que ella notó.

Me tendió a Catherine sin decir nada. Mi madre dice que en ese momento no entendió el silencio, porque el parto había sido largo y ella estaba agotada y lo único que quería era tenerme en brazos, que era exactamente lo que hizo: me tomó, me acercó al pecho, y me miró. Y entonces sí entendió el silencio. No porque yo le pareciera menos su hija. Sino porque comprendió, con la claridad repentina de quien ha estado esperando una noticia sin saber que la esperaba, que el mundo que la rodeaba iba a tener un problema con lo que ella veía.

Yo era negra.

No mestiza, no ambigua, no de esa tonalidad intermedia que permite a la gente cómoda construir explicaciones confortables. Negra. Mi piel era oscura y mis rasgos llevaban escritas en ellos unas coordenadas geográficas que nadie en esa sala sabía descifrar todavía. Pero mis ojos ya eran verdes, aun de recién nacida ya mostraban la única distinción racial que pudiera haber hecho dudar de mi origen africano.

Mi madre dice que en ese momento pensó en su propia abuela, que tenía una expresión para las situaciones que desafían la lógica cotidiana: *la vida tiene más imaginación que nosotros.* Luego me besó en la frente.

Mi padre estaba de pie junto a la ventana.

Catherine dice que lo miró porque necesitaba verlo, no para pedirle nada sino porque en treinta y un años de vida había aprendido que los momentos verdaderamente importantes exigen testigos, y Edward era el único testigo que importaba en esa habitación. Lo que vio fue esto: un hombre de cuarenta y cuatro años, metro ochenta y dos, traje gris marengo, que miraba a su hija recién nacida con una expresión que no era odio. El odio habría sido

más fácil de manejar. Era algo anterior al odio, algo más primitivo y más honesto: era el rostro de un hombre al que el mundo acababa de dejar de tener sentido.

El doctor Harrington rompió el silencio con la delicadeza profesional de quien ha aprendido que hay situaciones que no mejoran con las palabras pero que tampoco pueden sostenerse sin ellas.

—La niña está perfectamente sana —dijo, dirigiéndose a los dos aunque miraba principalmente a mi madre—. Es un nacimiento completamente normal en todos los aspectos clínicos. Una niña hermosa.

Mi padre no respondió de inmediato. Tenía los ojos puestos en mí con una fijeza que mi madre describió como la de alguien que intenta resolver un problema de matemáticas que no debería existir.

—¿Está seguro? —dijo al fin.

El doctor Harrington lo miró.

—¿Seguro de qué, exactamente, Sir Sterling-Grant?

Hubo una pausa. Mi padre era un político de carrera, un hombre que había aprendido a medir cada palabra antes de pronunciarla, a calcular el peso de lo que decía y lo que callaba con la precisión de un relojero. Pero en ese momento, en esa habitación que olía a desinfectante y a algo más antiguo e indefinible que quizás era simplemente el olor del inicio de las cosas, le fallaron todos los instrumentos.

—De que es hija mía —dijo.

Mi madre contó que el doctor Harrington no pestañeó. Que simplemente sostuvo la mirada de mi padre durante un segundo exacto, con la ecuanimidad de un hombre que ha visto demasiado de la naturaleza humana como para sorprenderse de ninguna de sus expresiones.

—Las pruebas de paternidad —respondió con una calma que era casi compasiva— no son parte de mis funciones, señor Sterling-Grant. Pero si tiene preguntas sobre la genética de la pigmentación, puedo derivarlo a un colega especialista. Lo que sí puedo decirle con certeza absoluta es que su hija es completamente sana, y que en este momento lo que necesita es calor y el contacto de sus padres.

Mi padre recogió el periódico que había dejado en la silla.

—Edward —dijo mi madre. Solo eso. Su nombre.

Él la miró. Luego me miró a mí. Y en ese orden exacto, que mi madre interpretó como la declaración más elocuente que le había escuchado en dieciocho años de matrimonio, salió de la habitación.

No dijo nada más.

No me tocó.

Escuché esta historia por primera vez a los siete años, en una versión abreviada y sin los bordes más afilados, cuando le pregunté a mi madre por

qué en las fotos del día que nací mi padre no aparecía sosteniéndome. Casi todas las familias tienen esa foto: el padre torpe y emocionado con el recién nacido en brazos, esa imagen que condensa en un rectángulo de papel lo que se supone que debe ser el principio de algo. La nuestra no la tenía.

—Tu padre estaba muy impresionado —me dijo mi madre entonces, con esa habilidad suya para decir la verdad sin mentir y sin herir más de lo necesario —. A veces los hombres no saben cómo mostrar lo que sienten.

—¿Estaba contento? —le pregunté.

Mi madre me miró con esos ojos grises suyos que nunca han aprendido a disimular del todo.

—Estaba asombrado —dijo—. Eso también es una forma de estar contento, si uno aprende a leerlo bien.

Yo tenía siete años y lo creí. A los quince ya no lo creía del todo, pero empezaba a entender que mi madre no me había mentido: me había dado la versión de la verdad que yo podía cargar a esa edad, que es lo que hacen las madres que quieren a sus hijos con inteligencia y no solo con instinto. A los veinte entendí la historia completa. Y a los treinta, que es donde estoy ahora mientras les cuento todo esto, entiendo algo que entonces no podía entender: que mi madre, en esa habitación de hospital, sola con una recién nacida negra y un marido que acababa de irse por la puerta, tomó una decisión que ninguna circunstancia le exigía y que sin embargo definió todo lo que vendría después.

Decidió no tener miedo.

No de mí, no del futuro, no de lo que diría la familia ni los vecinos ni el partido ni nadie. Lo decidió en el momento en que me besó en la frente y le dijo al doctor Harrington, con una voz que no admitía discusión, que quería que le trajeran agua caliente y que alguien avisara a su madre de que la niña había llegado bien.

Su madre, mi abuela Edith, llegó al hospital dos horas después. Era una mujer pequeña y de movimientos precisos que había sobrevivido la guerra, la muerte de un marido joven, y tres décadas de vida en un pueblo de Hertfordshire donde todo el mundo sabía el negocio de todos. Entró en la habitación, se acercó a la cama, y me miró durante un tiempo largo sin decir nada.

—Bueno —dijo al fin.

—Bueno —repitió mi madre, que la conocía suficientemente bien como para saber que esa sílaba contenía un universo de procesamiento interno.

—Es preciosa —dijo la abuela Edith, y lo dijo de la misma forma en que habría dicho que iba a llover, como un hecho objetivo que no requería celebración ni tragedia—. ¿Cómo la van a llamar?

—Janice —dijo mi madre—. Janice Catherine Sterling-Grant.

La abuela Edith asintió, como si el nombre fuera la confirmación de algo que ya esperaba.

—¿Y Edward?

—Se fue a casa. Volverá mañana.

Hubo un silencio breve y denso.

—¿Está bien? —preguntó la abuela Edith, y en su voz había algo que no era exactamente preocupación sino la cautela de quien hace una pregunta cuya respuesta ya intuye.

—Está procesando —dijo mi madre.

—Ya —dijo la abuela Edith, con ese monosílabo inglés que no traduce bien a ningún otro idioma porque contiene a la vez la comprensión, la reserva y la decisión de no seguir preguntando—. ¿Y tú?

Mi madre me miró un momento antes de responder.

—Yo estoy bien —dijo—. Yo estoy perfectamente bien.

Mi padre volvió esa misma noche, pasadas las diez, cuando la planta estaba en silencio y yo dormía en la cunita junto a la cama de mi madre. Catherine estaba despierta. Siempre he pensado que lo esperó, aunque ella nunca lo ha admitido del todo. Él entró sin el periódico esta vez, se sentó en la silla junto a la ventana, y durante un momento los dos se miraron en ese silencio de las parejas largas que ha dejado de ser incómodo para convertirse en un idioma propio.

—Necesito saber —dijo él al fin.

—Ya sé lo que necesitas saber —respondió mi madre—. Y la respuesta es que es tuya. Pero entiendo que eso no te basta.

—Catherine...

—No te estoy recriminando nada, Edward. Te estoy diciendo que entiendo la pregunta. Lo que no entiendo, lo que no voy a entender nunca, es que hayas podido salir por esa puerta esta tarde sin tocarla.

Mi padre miró hacia la cunita. Yo seguía durmiendo, indiferente a la negociación que se llevaba a cabo sobre mi futuro.

—No supe cómo —dijo.

—Eso lo sé —dijo mi madre—. Lo que necesito que tú sepas es que esa respuesta no te va a alcanzar por mucho tiempo. Esta niña va a necesitar un padre. No una institución, no un apellido, no un cheque. Un padre.

Él no respondió de inmediato. Se quedó mirándome desde la silla, a metro y medio de distancia, con esa expresión que mi madre nunca encontró del todo cómo describir y que con los años yo aprendí a reconocer en su cara: no era crueldad, no era indiferencia, era con toda seguridad, el esfuerzo visible de un hombre que intenta acomodar una realidad nueva en un esquema que construyó demasiado rígido para contenerla.

—¿Tú no tienes preguntas? —dijo él al fin—. ¿De verdad no tienes ninguna?

Mi madre tardó un momento en responder.

—Tengo la misma pregunta que tú —dijo—. Cómo es posible. De dónde viene. Qué significa. Pero hay una diferencia entre tú y yo, Edward, y es que yo hice esa pregunta esta tarde mientras la tenía en brazos, y en ningún momento la pregunta cambió lo que sentía por ella. —Hizo una pausa—. En tu caso, la pregunta llegó antes que el sentimiento. Eso es lo que me preocupa.

Mi padre no tuvo respuesta para eso. Se quedó en la silla un rato más, mirándome sin acercarse, y luego se puso de pie con ese movimiento suyo de hombre que ha tomado una decisión provisional que revisará más tarde en privado.

—Buscaré a alguien —dijo—. Un especialista en genética. Para entender cómo es posible.

—Como quieras —dijo mi madre.

—No es desconfianza, Catherine.

—Ya lo sé, Edward —dijo ella, y en su voz había algo que no era exactamente amargura sino algo más parecido a la fatiga de quien lleva demasiado tiempo siendo más generoso de lo que le corresponde—. Es miedo. Lo sé perfectamente. Pero el miedo tampoco te va a alcanzar por mucho tiempo.

Mi padre asintió una vez, despacio, como si registrara esas palabras para pensarlas más tarde en algún lugar donde el mundo volviera a tener las dimensiones que él conocía. Se acercó a la cunita. Se detuvo a un paso. Me miró desde esa distancia, con las manos en los bolsillos, durante lo que mi madre calculó como unos quince segundos que debieron parecerle quince años.

Y se fue sin tocarme.

Yo dormía en mi cunita, negra y recién nacida y completamente ajena a todo, con esa placidez absoluta de quien todavía no sabe que el mundo tiene opiniones sobre su piel.

Esa noche, mi madre apagó la luz, me arrimó la cunita a su cama para escuchar mi respiración, y cerró los ojos con la determinación silenciosa de quien ha tomado una decisión que no va a revocar aunque el mundo entero le dé razones para hacerlo.

Yo era su hija.

El resto era negociable.

Lo que ninguno de ellos sabía todavía era la dimensión exacta del problema que vendría después. No el problema de mi color, que eso ya estaba ahí, irreversible y real como la lluvia de marzo en Hertfordshire. Sino el otro: el que mi padre iba a descubrir semanas más tarde, cuando los especialistas y los genealogistas y los registros civiles de tres generaciones le devolvieran una verdad que nadie en la familia había querido ver, y que convertiría su certeza de ser diferente a mí en algo mucho más complicado, mucho más

íntimo, y para él, al menos al principio, mucho más devastador que cualquier cosa que hubiera imaginado en esa habitación de hospital.

La sangre que él tanto necesitaba que fuera pura resultaría ser exactamente tan complicada como la mía.

Pero eso vendría después.

CAPÍTULO 2

La investigación

Londres, semanas después del nacimiento

Mi padre era un hombre que creía en los procedimientos. No por burocracia ni por cobardía, sino porque había construido su vida entera sobre la convicción de que el mundo tiene un orden discernible y que ese orden, si uno aplica la inteligencia correcta, puede ser descifrado y administrado. Era la misma convicción que lo había llevado al Parlamento a los treinta y ocho años, que lo hacía un legislador respetado aunque no querido, que le permitía dormir con la conciencia razonablemente tranquila en una profesión que no suele facilitarlo. Los procedimientos eran su forma de imponerle estructura al caos, y el caos, en su experiencia, siempre cedía ante un procedimiento suficientemente riguroso.

Yo era el primer caos de su vida que no cedía.

Lo supe mucho después, cuando ya podía mirar hacia atrás con la distancia necesaria para ver las cosas en su tamaño real. En aquellas semanas que siguieron a mi nacimiento, mi padre hizo lo único que sabía hacer cuando el mundo dejaba de tener sentido: construyó un procedimiento. Llamó a su médico de cabecera, que lo derivó a un genetista del University College London. Contrató a una firma de genealogistas especializados en rastreos de linaje familiar. Encargó discretamente los análisis de ADN a un laboratorio privado en Harley Street, donde la discreción estaba incluida en el precio y el precio era suficientemente alto como para garantizarla. Todo esto, según me contó mi madre años después, lo hizo con la misma eficiencia metódica con que habría encargado una auditoría contable o preparado un discurso parlamentario. Sin dramatismo. Sin lágrimas. Con la concentración fría de un hombre que tiene un problema y está determinado a resolverlo.

El problema, claro, era yo.

O más exactamente: el problema era la pregunta que yo representaba, que en la mente de Edward Sterling-Grant tenía la forma precisa de una acusación que nadie había pronunciado todavía pero que él escuchaba en cada mirada, en cada pausa demasiado larga de sus colegas, en cada conversación telefónica donde alguien tardaba un segundo de más antes de cambiar de tema. Porque la noticia había llegado a ciertos círculos con la velocidad silenciosa que tienen las noticias en los círculos cerrados, que es decir sin que nadie la dijera directamente y sin que nadie pudiera demostrar que la había dicho. Su hija había nacido negra. Edward Sterling-Grant,

miembro del Parlamento por el Partido Conservador, conocido entre sus colegas por unas opiniones sobre la inmigración que nadie clasificaría de liberales, tenía una hija negra. La geometría de ese hecho era, para cierta clase de mente inglesa, irresistiblemente perfecta.

Mi madre me contó que durante esas semanas mi padre llegaba a casa tarde, cenaba poco, y se instalaba en su estudio hasta pasada la medianoche. Ella no le preguntaba qué hacía porque ya lo sabía, y porque había tomado la decisión, que era también un procedimiento aunque de naturaleza distinta al de él, de no librar batallas que no podía ganar todavía. Me cuidaba. Me amamantaba. Me cantaba en voz baja las mismas canciones que le habían cantado a ella en la infancia, esas melodías sin pretensiones que los ingleses reservan para los momentos en que la ironía no alcanza. Y esperaba.

—¿No estabas furiosa? —le pregunté una vez, cuando ya era adulta y podía hacer esa pregunta sin que ninguna de las dos necesitara protección.

Mi madre consideró la palabra con cuidado, como siempre hacía cuando la pregunta merecía más que una respuesta rápida.

—La furia es un lujo —dijo al fin—. Requiere energía que yo necesitaba para otra cosa. Y además, Janice, la furia habría sido la respuesta fácil. Lo fácil habría sido enfrentarlo, obligarlo a tomar una posición antes de que estuviera listo, convertir aquello en una crisis matrimonial cuando lo que teníamos era algo mucho más complicado que eso.

—¿Qué tenían?

—Teníamos a un hombre que amaba a su mujer y no sabía qué hacer con su hija. Y teníamos a una mujer que sabía perfectamente qué hacer con su hija y no estaba segura de qué hacer con su hombre. —Hizo una pausa—. Eso no se resuelve con furia. Se resuelve con tiempo, si es que se resuelve.

Los resultados del análisis de ADN llegaron un jueves por la mañana, en un sobre cerrado que el mensajero entregó directamente en las manos de mi padre. Él lo abrió en su estudio, solo, antes de que mi madre bajara a desayunar. Cuando ella llegó a la cocina lo encontró sentado a la mesa con el sobre delante y una expresión que ella describió como la de alguien que acaba de recibir una sentencia que en parte esperaba y que sin embargo le cayó encima con todo su peso.

—¿Y bien? —dijo mi madre, que no era una mujer que perdiera el tiempo en preámbulos cuando la situación no los requería.

Mi padre levantó la vista del sobre.

—Es mía —dijo.

Mi madre sirvió el té con una calma que debió costarle más de lo que mostró.

—Ya lo sabía —dijo.

—Lo sé que lo sabías.

—¿Y ahora?

Mi padre no respondió de inmediato. Tenía las manos sobre la mesa, planas, con esa quietud forzada que en él era siempre señal de que algo trabajaba muy rápido por debajo de la superficie.

—Ahora necesito entender cómo —dijo.

—¿Para qué? —dijo mi madre, y en su voz no había hostilidad sino algo más parecido a una pregunta genuina—. ¿Para qué necesitas entender cómo, Edward? Tienes una hija. Eso es lo que tienes. El cómo no cambia eso.

—Para mí lo cambia —dijo él, y lo dijo con una honestidad que mi madre siempre reconoció como una de sus pocas virtudes consistentes: Edward Sterling-Grant era un hombre capaz de decir cosas inconvenientes sobre sí mismo cuando la alternativa era la mentira—. No debería cambiarlo. Lo sé. Pero para mí lo cambia, y prefiero decírtelo a pretender que no es así.

Mi madre lo miró durante un momento largo.

—Está bien —dijo al fin—. Entiende el cómo. Pero mientras lo entiendes, ven a conocer a tu hija.

Esa mañana, según me contó ella, mi padre subió por primera vez al cuarto donde yo dormía sin que nadie lo convocara. Se quedó de pie junto a la cuna, mirándome, con esa distancia de metro y medio que parecía haberse vuelto su medida permanente respecto a mí. No me tocó. Pero se quedó más tiempo que en el hospital, y eso, en el registro minucioso que mi madre llevaba de los gestos de mi padre, contaba como un avance.

Los genealogistas tardaron tres semanas más. Eran una firma antigua, con oficinas en Bloomsbury y un discreto letrero de latón en la puerta que no decía nada sobre lo que hacían adentro, lo cual era también, supongo, una forma de decirlo todo. El hombre que llevó el caso se llamaba Fletcher, tenía sesenta años bien llevados y la paciencia tranquila de quien ha pasado décadas rastreando lo que las familias prefieren no encontrar. Mi padre me lo describió una vez, muchos años después, en uno de esos raros momentos en que hablaba del pasado sin que yo se lo pidiera.

—Era el tipo de hombre —dijo— que nunca parece sorprendido. No importa lo que encuentre. Como si hubiera visto ya todas las versiones posibles de la historia de una familia y ninguna pudiera ya alterarle el pulso.

—¿Y lo que encontró en la nuestra lo sorprendió?

Mi padre consideró esto.

—No creo que lo sorprendiera —dijo—. Creo que lo reconoció. Como si fuera un patrón que había visto antes.

Fletcher llamó a mi padre un lunes por la tarde para informarle que tenía resultados y pedirle una reunión. Se vieron en las oficinas de Bloomsbury, en una sala que olía a papel viejo y a esa clase de confidencialidad que se compra con dinero pero que con el tiempo adquiere una textura propia. Fletcher tenía sobre la mesa un expediente delgado, lo cual mi padre

interpretó inicialmente como señal de que no habían encontrado gran cosa, y que resultó ser exactamente lo contrario: cuando hay poco en el expediente es porque alguien trabajó muy duro para que hubiera poco.

—Señor Sterling-Grant —dijo Fletcher, abriendo el expediente con la parsimonia de un hombre que sabe que lo que va a decir no mejora con la velocidad—, hemos rastreado su línea materna hasta cuatro generaciones. En la línea directa de su madre, Margaret Alderton de Sterling, encontramos un registro que la familia no preservó de manera prominente.

—¿Qué tipo de registro?

—Un acta de matrimonio. Del año 1909. Su bisabuelo materno, un hombre llamado William Alderton, se casó ese año con una mujer llamada Agnes Cooper. El matrimonio duró cuatro años y produjo una hija, su bisabuela, Eleanor Alderton, que posteriormente se casó con un Sterling y de quien desciende su madre.

Mi padre esperó. Sabía que eso no era todo.

—William Alderton —continuó Fletcher, sin variar el tono— tuvo una relación anterior al matrimonio con Agnes Cooper. Una relación de la que hay escasa documentación, deliberadamente escasa, diría yo, dado el contexto de la época. Esa relación fue con un hombre llamado Joseph Adeyemi.

Silencio.

—¿Un hombre? —dijo mi padre.

—Un hombre —confirmó Fletcher—. Nigeriano. Llegó a Londres en 1906 como parte de un pequeño grupo de estudiantes becados por una misión protestante. Se quedó. Trabajó como maestro en el East End durante varios años. Hay registros de él en los archivos de la Misión Metodista de Stepney. Era, por todo lo que encontramos, un hombre de considerable inteligencia y de una posición social que, para la época y las circunstancias, resultaba extraordinaria.

Mi padre tardó en hablar.

—¿Está diciéndome que mi bisabuelo materno era africano?

—Estoy diciéndome que Joseph Adeyemi fue, con alta probabilidad, el padre biológico de su bisabuela Eleanor —dijo Fletcher, con esa precisión de quien ha aprendido a distinguir entre lo que los documentos dicen y lo que la familia quiere escuchar—. William Alderton reconoció legalmente a Eleanor como su hija y se casó con Agnes Cooper poco después del nacimiento. La existencia de Adeyemi en la historia familiar fue, como suele ocurrir en estos casos, progresivamente omitida hasta desaparecer.

Fletcher cerró el expediente.

—No es un caso inusual —añadió, y en su voz había algo que no era compasión exactamente sino quizás algo más cercano a la solidaridad de quien ha visto esta historia repetirse con diferentes nombres en diferentes décadas—. El Imperio trajo mucha gente a estas islas, señor Sterling-Grant.

Algunas de esas historias quedaron en los registros. Otras se quedaron en la sangre.

Mi padre salió de Bloomsbury con el expediente bajo el brazo y caminó durante casi una hora por las calles del centro de Londres sin un destino particular, que era algo que, según mi madre, él nunca hacía. Edward Sterling-Grant no caminaba sin destino. Cada desplazamiento suyo tenía un propósito, una dirección, un tiempo calculado. Ese día caminó porque no supo qué otra cosa hacer con lo que acababa de recibir, que era la noticia de que el hombre que había pasado semanas buscando la contaminación en su familia la llevaba en su propia sangre desde antes de nacer.

Joseph Adeyemi.

Mi tatarabuelo.

El hombre que nos conectaba a mi padre y a mí de una manera que ninguno de los dos habría elegido y que sin embargo estaba ahí, inscrito en la genética con la permanencia de lo que no pide permiso para existir.

Esa noche, cuando llegó a casa, mi madre lo estaba esperando en la sala con una copa de vino y esa expresión suya de quien ya sabe pero espera que se lo digan con las palabras correctas. Mi padre se sentó, dejó el expediente sobre la mesa de centro, y durante un largo momento no dijo nada.

—Tiene nombre —dijo al fin.

—¿Quién?

—El bisabuelo. —Hizo una pausa—. Se llamaba Joseph Adeyemi. Era nigeriano. Maestro. Llegó aquí en 1906.

Mi madre miró el expediente sin abrirlo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

Mi padre tardó en responder. Cuando lo hizo, su voz tenía una textura que ella no le había escuchado antes, algo entre el desconcierto y algo que todavía no era vergüenza pero que se le parecía.

—Como un idiota —dijo.

—Eso es un buen comienzo —dijo mi madre.

—No me parece gracioso, Catherine.

—No lo es —dijo ella—. Pero es honesto. Y la honestidad, viniendo de donde viene esta conversación, me parece que merece algo mejor que el silencio.

Se quedaron callados un momento. Arriba, en mi cuarto, yo dormía sin saber nada de Joseph Adeyemi ni de William Alderton ni de la historia que me había producido, con esa generosa ignorancia de los recién nacidos que todavía no han aprendido que el pasado pesa.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo mi padre al fin.

—Tú me lo dices —dijo mi madre—. Porque hasta ahora has sido tú quien ha llevado el peso de este asunto, y yo he esperado. Pero ya esperé suficiente, Edward. Tengo una hija que en algún momento va a necesitar que su padre

baje las escaleras y la mire a los ojos sin que le cueste un esfuerzo visible. Así que dime qué vas a hacer.

Mi padre miró el expediente durante un momento más. Luego lo empujó suavemente hacia un lado, como quien aparta un documento que ya ha leído y procesado y sobre el que ha tomado una decisión provisional.

—Voy a subir —dijo.

—¿Ahora?

—Ahora.

Mi madre no dijo nada más. Lo vio levantarse, cruzar la sala, y subir las escaleras con ese paso suyo de hombre que ha decidido algo y avanza antes de que la decisión cambie de opinión.

Subió a mi cuarto. Se quedó de pie junto a la cuna. Y esta vez, según me contó mi madre muchos años después, cuando ya podíamos hablar de estas cosas sin que ninguna de las dos necesitara protegerse de ellas, esta vez sí me tocó. Solo un dedo en la mejilla. Un segundo. Menos que eso.

Pero fue el principio.

O al menos fue lo más parecido a un principio que mi padre supo ofrecer esa noche, que era también lo más que Joseph Adeyemi, desde la distancia de cien años y desde la oscuridad de una historia que su propia familia había preferido no contar, podía haber esperado que su sangre produjera en un hombre como Edward Sterling-Grant.

A veces los principios tienen esa forma: un dedo en la mejilla de una niña dormida. Sin testigos. Sin palabras. Sin garantía de lo que vendrá después.

Solo el gesto, pequeño e irreversible, de quien acaba de tocar por primera vez algo que lleva en la sangre desde antes de nacer.

CAPÍTULO 3

La casa dividida

Hertfordshire, primeros años de Janice

Las casas tienen memoria. No en el sentido metafórico con que la gente habla de los lugares cuando quiere decir que algo les resultó significativo, sino en un sentido más literal y más inquietante: las casas guardan lo que ocurre dentro de ellas en la textura de las paredes, en la disposición del silencio, en la manera en que la luz entra por ciertas ventanas a ciertas horas y produce sombras que no son neutrales.

La casa de Hertfordshire donde crecí era una de esas casas. Victoriana, amplia, con un jardín trasero que en primavera se llenaba de un orden vegetal que mi madre supervisaba con la misma atención meticulosa que dedicaba a todo lo que dependía de ella. Tres plantas, seis dormitorios, una biblioteca que olía a cuero y a ese papel específico de los libros que llevan

décadas sin abrirse. Una casa construida para contener una versión particular de la vida inglesa: próspera, discreta, permanente.

Lo que contenía, en cambio, era una guerra fría librada en voz baja entre dos personas que se querían y no sabían cómo querer lo mismo.

Yo tardé años en entender esto con palabras. Pero lo entendí mucho antes con el cuerpo, que es como los niños entienden las cosas que los adultos creen que están ocultando. Lo entendí en la forma en que mi padre me miraba desde el otro extremo de la mesa del desayuno, con esa atención lateral de quien observa algo que le produce una emoción que todavía no ha clasificado.

Lo entendí en los silencios que caían entre mis padres cuando entraba yo en una habitación, no los silencios hostiles de las parejas en guerra sino algo más sutil y más difícil de nombrar: el silencio de dos personas que han acordado tácitamente no hablar de algo que está presente en todo momento. Lo entendí, sobre todo, en la diferencia entre las manos de mi madre y las manos de mi padre cuando me tocaban.

Las manos de mi madre eran naturales. Me peinaban, me vestían, me sostenían cuando tropezaba, me acariciaban la frente cuando tenía fiebre con esa economía de los gestos que no necesita explicarse porque no tiene nada que demostrar. Las manos de mi padre llegaban a mí como si cruzaran una distancia que no era física. No eran crueles. No eran frías. Eran las manos de un hombre que estaba aprendiendo un idioma nuevo y que elegía cada palabra con una cuidado que revelaba, involuntariamente, que para él seguía siendo un idioma extranjero.

Tenía tres años cuando ocurrió el primer incidente que recuerdo con suficiente nitidez como para contarlo. O quizás no lo recuerdo sino que lo reconstruí más tarde a partir de lo que me dijeron, que es también una forma de recordar. Fue en una cena familiar, en la misma casa, con los padres de mi padre presentes: mis abuelos paternos, Harold y Constance Sterling-Grant, que vivían en Surrey y que venían a Hertfordshire cuatro veces al año con la puntualidad de quienes cumplen una obligación que nadie disfruta del todo.

Mi abuela Constance era una mujer alta y de huesos finos que había sido hermosa en su juventud y que en la vejez había destilado esa hermosura en algo más parecido a la autoridad. Llevaba el pelo blanco recogido con alfileres de nácar y tenía la costumbre de referirse a las personas de las que desaprobaba en tercera persona aunque estuvieran presentes, como si la gramática pudiera crear una distancia que la cortesía no permitía. La primera vez que me vio, semanas después de mi nacimiento, no dijo nada. Miró a su hijo. Luego miró a su nuera. Luego me miró a mí. Y dijo, con la precisión de quien ha ensayado la frase:

—Supongo que habrá que adaptarse.

Mi madre me contó esto cuando yo tenía dieciséis años y le pregunté por qué no teníamos una relación más cercana con los abuelos paternos. Me lo

contó sin rabia, con esa manera suya de presentar los hechos incómodos como si fueran datos geográficos, accidentes del terreno que hay que conocer para no tropezar con ellos.

—¿Y tu padre qué dijo? —le pregunté.

—No dijo nada —respondió mi madre—. Que en ese momento me pareció una decepción y con los años aprendí a leer como una posición. No defendió lo que su madre dijo, pero tampoco lo refutó. Eso era Edward en aquella época: el hombre que no decía nada, que era su forma de no elegir mientras seguía eligiendo.

La cena que recuerdo, o que creo recordar, fue en otoño de mi tercer año. Yo estaba sentada en mi silla alta al extremo de la mesa, que era donde los niños se sientan en las casas inglesas de cierta clase, suficientemente cerca para ser vigilados y suficientemente lejos para no estorbar la conversación de los adultos. Mi abuela Constance estaba frente a mi padre, mi abuelo Harold a su derecha, mi madre a su izquierda. Se hablaba de política, que era el tema predeterminado de todas las cenas con Harold y Constance porque era el único terreno en que mi abuelo se animaba a tener opiniones firmes.

—El problema con estas políticas de integración —dijo mi abuelo Harold, con esa voz suya de hombre que ha llegado a sus conclusiones hace décadas y no contempla la posibilidad de revisarlas— es que no tienen en cuenta la realidad. La gente quiere vivir con los suyos. Es natural. Es humano. Forzar la mezcla no produce integración, produce resentimiento.

Hubo un silencio breve.

—Papá —dijo mi padre.

—No digo nada que no sea evidente —continuó Harold, con el tono de quien no ha escuchado la interrupción—. Míralo en los barrios. Míralo en las escuelas. Cuando se juntan grupos que no tienen nada en común, el resultado no es armonía. Es tensión.

—Harold —dijo mi madre, y en su voz había algo que no era exactamente una advertencia pero que se le parecía lo suficiente como para que mi abuelo la mirara.

Fue entonces, según lo que reconstruí más tarde, cuando yo hice lo que hacen los niños de tres años en las cenas familiares tensas: tiré el vaso de leche. No con intención ni con conciencia del momento, simplemente porque tenía tres años y los vasos de leche en las mesas altas son objetos que esperan pacientemente su oportunidad. La leche se derramó sobre el mantel blanco con esa generosidad irreversible de los líquidos, y el silencio que ya existía en la mesa se volvió de otro tipo.

Mi abuela Constance me miró.

—La niña —dijo, en tercera persona, confirmando el patrón gramatical que yo aprendería a reconocer como su forma específica de distancia— debería comer en la cocina.

Mi padre se puso de pie, tomó la jarra de agua, y limpió la leche derramada con la servilleta antes de que nadie más pudiera moverse.

—Janice come aquí —dijo, y lo dijo sin levantar la voz y sin mirar a su madre, con esa calma que en él era siempre más elocuente que el énfasis—. Como ha comido siempre y como seguirá comiendo.

Fue la primera vez, según mi madre, que mi padre tomó una posición frente a su familia sobre mí. No fue un discurso ni una declaración de principios. Fue una frase de ocho palabras pronunciada mientras limpiaba leche derramada. Pero estaba ahí, y mi madre lo registró con la precisión de quien lleva la contabilidad de los gestos pequeños porque sabe que son los únicos que no mienten.

Mi abuela Constance no respondió. Retomó su conversación con Harold sobre otro tema y la cena continuó con esa capacidad inglesa de seguir adelante sobre la superficie de lo que acaba de ocurrir como si el suelo fuera perfectamente sólido.

Esa noche, cuando los abuelos se fueron y yo ya dormía, mi madre le dijo a mi padre:

—Gracias.

—No tienes que agradecerme nada —dijo él.

—Lo sé —dijo mi madre—. Por eso te lo agradezco.

Crecí en esa casa aprendiendo sus geografías particulares. Aprendí que la biblioteca era territorio neutro, el único cuarto donde mi padre y yo podíamos estar juntos sin que la distancia entre nosotros se volviera un comentario sobre algo. Le gustaba leer en el sillón junto a la ventana del norte, y cuando yo empecé a leer, que fue antes de lo que se esperaba y con una voracidad que sorprendió a todos excepto a mi madre que ya lo había visto venir, empecé a instalarme en el sillón frente al suyo con mis propios libros. No hablábamos. Pero estábamos en el mismo cuarto, y eso era su forma de ofrecerme algo que todavía no podía ofrecerme de otra manera.

Aprendí que el jardín era territorio de mi madre, que lo trabajaba los sábados por la mañana con guantes de cuero y una concentración de cirujano, y que en el jardín me contaba cosas que en ningún otro lugar me habría contado, como si la tierra tuviera la propiedad de hacer que ciertas verdades fueran más fáciles de pronunciar.

—¿Por qué soy diferente a ustedes? —le pregunté una tarde de sábado, tendría cinco años, mientras ella podaba los rosales con esa eficiencia suya que no admitía ramas innecesarias.

Mi madre no se detuvo en lo que hacía.

—No eres diferente —dijo—. Eres nuestra hija. Solo tienes la piel más oscura.

—La señora Pemberton dice que soy adoptada.

Mi madre se detuvo entonces. Dejó las tijeras de podar apoyadas en la tierra y me miró con esa atención completa suya que yo aprendí a distinguir de la

atención parcial que los adultos distribuyen entre los niños y sus propias preocupaciones.

—¿La señora Pemberton te dijo eso a ti?

—Se lo dijo a la señora Harris. Yo estaba detrás del seto.

Mi madre procesó esto durante un segundo.

—La señora Pemberton —dijo con una calma que debió costarle— se equivoca. No eres adoptada. Eres nuestra hija, naciste en el Hospital Princess Alexandra de Harlow el catorce de marzo, y si la señora Pemberton tiene alguna duda al respecto puede venir a preguntármelo directamente.

—¿Por qué tengo la piel oscura si ustedes no la tienen?

Mi madre tomó las tijeras de nuevo, consideró un rosal por un momento, y luego me miró.

—¿Sabes lo que es un río? —dijo.

—Sí.

—Un río lleva agua de muchos sitios distintos. De la lluvia, de la nieve que se derrite en las montañas, de los manantiales que nacen bajo la tierra. Cuando llegas al río y metes la mano, no puedes saber exactamente de dónde viene el agua que estás tocando. Solo sabes que es el mismo río. —Hizo una pausa —. Las familias son así. Llevan sangre de muchos sitios. A veces esa sangre trae consigo cosas que no esperabas. Colores. Formas. Maneras de ver. Tú llevas en ti sangre de personas que vivieron hace mucho tiempo en un lugar muy lejos de aquí, y esa sangre decidió mostrarse en ti. Eso no te hace diferente a nosotros. Te hace parte de algo más grande.

Me quedé pensando en esto.

—¿De dónde? —pregunté.

—De África —dijo mi madre—. De Nigeria, para ser precisos. Algún día te cuento la historia completa. Pero hoy lo importante es que sepas que la señora Pemberton se equivoca, que no eres adoptada, y que eres exactamente la hija que yo quería tener.

—¿Y papá?

Mi madre cortó una rama con un movimiento preciso.

—Tu padre también —dijo—. A su manera.

Aprendí a leer esa frase con el tiempo. *A su manera* era el territorio más honesto que mi madre podía ofrecerme sobre Edward Sterling-Grant en aquellos años, y yo la acepté porque era mejor que la mentira y más compasiva que la verdad completa. A su manera significaba: todavía está aprendiendo. A su manera significaba: no te ha fallado del todo aunque tampoco ha llegado del todo. A su manera significaba: ten paciencia con él, que la paciencia es a veces la única forma de amor que ciertas personas pueden recibir sin derrumbarse.

La señora Pemberton, dicho sea de paso, nunca vino a preguntarle nada a mi madre. Pero dejó de saludarla en el supermercado durante aproximadamente seis meses, lo cual en Hertfordshire equivalía a una declaración formal de hostilidades. Mi madre lo sobrellevó con la ecuanimidad de quien tiene cosas más importantes en qué pensar, que era exactamente lo que tenía.

Hubo otras señoras Pemberton. Las hubo en la calle, en la iglesia a la que mis padres asistían por convención más que por convicción, en las reuniones del partido donde mi padre era figura conocida y respetada y donde yo aparecía ocasionalmente como el dato incómodo que nadie sabía dónde colocar en la narrativa de su carrera. Las hubo en las caras de los colegas que venían a cenar y que me miraban con esa curiosidad apenas disimulada de los adultos que no han aprendido que los niños leen las miradas antes de aprender a leer las palabras. Las hubo en los comentarios que llegaban a mis oídos desde los setos, desde las conversaciones a media voz, desde ese murmullo permanente que acompañó mi infancia como un ruido de fondo que nunca desaparecía del todo pero al que yo aprendí a no dejar que me definiera.

Aprendí esto de mi madre, que nunca le permitió al ruido de fondo dictar el ritmo de su vida. Y aprendí, con más dificultad y más tiempo, algo parecido de mi padre, que a su manera, lentamente, torpe y sin anuncio, fue haciendo el único recorrido que estaba a su disposición: el que va desde el miedo hacia algo que todavía no era amor pero que se le iba pareciendo más cada año.

Un recorrido de metros que le llevó décadas.

Pero que hizo.

Eso también cuenta.

CAPÍTULO 4

El colegio

Surrey, Janice entre ocho y doce años

Hay una clase de crueldad que no deja marcas visibles porque sus practicantes han aprendido, con esa precocidad que el privilegio enseña antes que cualquier otra cosa, que las marcas son evidencia y la evidencia es inconveniente. No es la crueldad del insulto directo ni la del golpe en el patio. Es algo más refinado y más duradero: la crueldad de la omisión perfecta, del nombre que no se pronuncia en la lista de invitados, de la conversación que se interrumpe justo cuando uno llega, de la sonrisa que todos los músculos faciales ejecutan correctamente excepto los ojos, que no han recibido la instrucción y que no saben mentir.

Es la crueldad que aprendí a conocer en el Colegio St. Margaret de Surrey, adonde llegué a los ocho años con una maleta nueva, un uniforme que mi madre había planchado con la meticulosidad de quien prepara una

armadura, y la convicción todavía intacta de que el mundo, en sus versiones más ordenadas, podía ser justo.

El colegio era internado. Mi padre lo había elegido con el cuidado con que elegía todo lo que tenía consecuencias para su reputación, que era decir con mucho cuidado. St. Margaret era antiguo, respetado, caro en la medida exacta en que la clase alta inglesa considera que el precio es garantía de calidad, y había producido durante generaciones el tipo de mujeres que aparecían en los consejos de administración y en los comités de beneficencia y en las mesas de los ministros sin que nadie recordara exactamente cómo habían llegado ahí. Mi padre lo presentó como una oportunidad. Mi madre lo aceptó con la reserva silenciosa de quien sabe que algunas batallas hay que dejar que ocurran para poder entender su forma exacta.

—¿Quieres ir? —me preguntó ella, la noche antes de que mi padre anunciara la decisión como si ya estuviera tomada, que era como mi padre tomaba todas sus decisiones: tomándolas antes de preguntar y preguntando después para dar la impresión de que la conversación había ocurrido.

Yo tenía siete años y medio y no sabía exactamente qué era un internado excepto que significaba dormir fuera de casa, lo cual me producía una mezcla de miedo y de algo que no sabría nombrar hasta mucho después pero que reconozco ahora como el deseo de empezar de cero en un lugar donde nadie supiera todavía nada de mí.

—¿Habrá niñas como yo? —pregunté.

Mi madre tardó un momento en responder.

—Habrá niñas distintas entre sí —dijo—. Si eso es lo que me estás preguntando.

No era exactamente lo que le estaba preguntando, pero lo acepté porque era lo más honesto que podía decirme, y mi madre era incapaz de mentirme aunque la verdad fuera incómoda.

Llegué a St. Margaret en septiembre, con la maleta nueva y el uniforme planchado y esa mezcla específica de determinación y terror que acompaña a los principios que uno ha elegido sin entender del todo lo que está eligiendo.

El edificio principal era de piedra gris y ventanas altas, rodeado de árboles que en otoño soltaban sus hojas con una puntualidad que me pareció, los primeros días, casi amenazante, como si el colegio mismo estuviera marcando el tiempo de una cuenta regresiva cuyo final yo no conocía.

Mi compañera de cuarto se llamaba Philippa Hurst-Davies. Tenía el pelo rubio recogido en dos trenzas que parecían haber sido ejecutadas por alguien con formación militar, y una colección de fotografías familiares sobre su escritorio que establecían con claridad el tipo de mundo del que venía: caballos, jardines, casas de campo, varias generaciones de personas de tez clara sonriendo con la relajada certeza de quienes nunca han tenido que explicar quiénes son. Me miró cuando entré, procesó lo que veía con esa

rapidez de los niños que aún no han aprendido a disimular el procesamiento, y dijo:

—Tú eres Janice Sterling-Grant.

—Sí —dije.

—Mi madre conoce a tu padre —dijo—. Del partido.

—Ah —dije.

Hubo una pausa.

—Yo no tengo ningún problema —dijo Philippa Hurst-Davies, con el tono específico de quien anuncia que no tiene ningún problema como forma de señalar que el problema existe y que ella ha tomado la decisión generosa de no tenerlo.

—Qué bien —dije, y empecé a deshacer mi maleta.

Philippa resultó ser, a su manera particular y llena de matices que tardé meses en aprender a leer, una aliada imperfecta. No era cruel. No era de las que organizaban las exclusiones ni de las que pronunciaban las frases que se quedan grabadas. Era algo más complicado: era una niña fundamentalmente buena que había crecido en un mundo que le había enseñado ciertas cosas sobre el orden natural de las personas, y que estaba en el proceso, lento y a veces doloroso, de descubrir que ese mundo le había mentido en algunos puntos esenciales.

Ese proceso lo hicimos juntas, en parte, durante los cuatro años que compartimos cuarto, y cuando pienso en Philippa Hurst-Davies ahora la pienso con algo que se parece al afecto, aunque no al afecto sin complicaciones.

Las otras no eran tan fáciles de clasificar.

Caroline Ashford era la hija de un lord menor y había llegado a St. Margaret con la convicción de que su posición en la jerarquía social del colegio era un derecho natural que no requería negociación. Era inteligente, lo cual la hacía más peligrosa que si hubiera sido simplemente arrogante, porque su inteligencia le permitía ejecutar la crueldad con una precisión que dejaba a la víctima preguntándose si había entendido bien lo que acababa de ocurrir.

Nunca me insultó directamente. Nunca hizo nada que una maestra pudiera señalar como inaceptable. Simplemente organizaba el mundo social del colegio con la eficiencia de un arquitecto, y en ese mundo yo ocupaba un lugar que ella había determinado de antemano: visible pero no relevante, presente pero no incluida, tolerada con la condescendencia de quien permite la presencia de algo curioso sin otorgarle ninguna forma de autoridad.

Me lo explicó, sin explicármelo, la primera semana.

Había un grupo que se reunía después de la cena en el cuarto de Caroline a escuchar música y hablar de lo que fuera que hablan las niñas de ocho años cuando sienten que están siendo adultas. Philippa me llevó la primera noche porque nadie le había dicho que no podía traerme, que era la forma en que

Caroline operaba: nunca prohibía, simplemente hacía que ciertas cosas no ocurrieran de nuevo sin que nadie pudiera señalar exactamente por qué.

Entré. El cuarto de Caroline olía a ese perfume suave y caro que algunas madres inglesas ponen en el equipaje de sus hijas como si el olor pudiera protegerlas de lo que no huele bien. Había seis niñas sentadas en la cama y en el suelo. Caroline estaba en el centro, como siempre, con esa postura de quien ocupa el espacio que le corresponde sin haberlo reclamado explícitamente porque nunca ha necesitado reclamarlo.

Me miró cuando entré.

—Janice —dijo, con una sonrisa que tenía todos los ingredientes técnicos de una sonrisa—. Qué bien.

Me senté. La conversación continuó. Nadie me habló directamente durante los cuarenta minutos que duró la reunión, aunque tampoco nadie me ignoró con ostentación. Era algo más sutil: era como si yo estuviera presente en una frecuencia ligeramente distinta a la del resto, como si las conversaciones ocurrieran en un canal al que yo tenía acceso de observadora pero no de participante. Cuando me fui, nadie dijo nada. Cuando Philippa volvió a llevarme la semana siguiente, Caroline dijo, con esa amabilidad suya de temperatura perfectamente calculada:

—Esta noche somos solo nosotras, Philippa. Ya sabes.

Philippa supo. Yo también supe. Y nadie dijo nada, porque no había nada que decir que no fuera exactamente tan incómodo para quien lo dijera como para quien lo escuchara.

Así era St. Margaret.

Aprendí a moverme en ese terreno con la precisión que exige. Aprendí que la inteligencia era mi único territorio donde las reglas de Caroline Ashford no aplicaban del todo, porque las calificaciones tienen la grosera democracia de reflejar lo que uno sabe sin importar de qué color es quien lo sabe. Fui la primera de mi clase en literatura desde el primer trimestre, lo cual le producía a la señorita Hartley, nuestra profesora de inglés, una satisfacción visible que Caroline Ashford no podía administrar porque era demasiado directa para sus instrumentos habituales.

La señorita Hartley se llamaba Anne y tenía unos treinta y cinco años y esa manera de leer en voz alta que hace que las palabras suenen como si las estuviera inventando en el momento. Fue la primera adulta fuera de mi familia que me vio de verdad, que es decir que me vio sin que su mirada pasara primero por el filtro de mi piel para llegar a lo que había detrás.

Me prestaba libros que no estaban en el programa. Me hacía preguntas en clase que estaban diseñadas para que yo tuviera que pensar en voz alta, que era su manera de decirle al resto que lo que yo tenía para decir valía la pena escuchar.

Un día, al final de una clase, cuando las demás ya habían salido, me llamó.

—Janice —dijo—, quiero preguntarte algo y quiero que sepas que no tienes que responder si no quieres.

Me quedé junto a su escritorio.

—¿Estás bien aquí? —dijo—. No en el sentido académico. En el otro sentido.

La miré. Tenía esa expresión de los adultos que han decidido hacer una pregunta difícil y están dispuestos a recibir una respuesta difícil, que no es la expresión más común en los adultos y que por eso mismo resulta notable.

—Estoy aprendiendo cómo funciona —dije.

La señorita Hartley asintió despacio.

—Eso es una respuesta muy inteligente para una niña de nueve años —dijo —. Y también es una respuesta que me preocupa un poco, porque nadie debería tener que aprender cómo funciona un lugar que debería simplemente funcionar para todos por igual.

—Pero no funciona así —dije.

—No —dijo ella—. No funciona así. Y lo lamento. —Hizo una pausa—. Lo que sí puedo decirte es que dentro de esta aula funciona así. O al menos lo intento con toda la determinación que me queda después de veinte años en este oficio.

Le creí. Y resultó ser verdad, que no siempre ocurre con las promesas de los adultos a los niños.

La amistad inesperada llegó en mi tercer año, de la dirección menos esperada. Se llamaba Amara Osei-Bonsu, hija de un médico ghanés y una arquitecta escocesa, que llegó a St. Margaret en septiembre con una maleta aún más nueva que la mía y una expresión de determinación tan visible que Caroline Ashford la evaluó en los primeros días con el mismo instrumento que me había evaluado a mí y llegó a conclusiones similares.

Eso nos conectó antes de que ninguna de las dos lo decidiera conscientemente: la lógica cruel de ser clasificadas en la misma categoría por alguien cuya clasificación ninguna de las dos había pedido.

Nos encontramos en la biblioteca un martes por la tarde. Ella estaba leyendo a Chinua Achebe, que no estaba en el programa de St. Margaret y que por esa razón exacta me pareció una señal de algo.

—¿Es bueno? —le pregunté.

Me miró con esa cautela de quien ha aprendido rápido que las preguntas en St. Margaret no siempre son lo que parecen.

—Es el mejor —dijo.

—¿Mejor que quién?

—Mejor que la mayoría de los que están en esas estanterías —dijo, señalando con un gesto breve la pared de libros del programa oficial—. Aunque eso aquí nadie lo va a admitir.

Me senté frente a ella.

—Me llamo Janice —dije.

—Ya sé quién eres —dijo—. Todo el mundo sabe quién eres. Eres la hija del diputado conservador que salió negra. —Lo dijo sin crueldad, con la misma neutralidad con que habría dado un dato geográfico—. Yo soy Amara. Mi padre es del Partido Laborista, lo cual aquí es casi tan problemático como lo tuyo.

Me reí. Fue la primera vez que me reí de verdad en St. Margaret, que no es un detalle menor porque la risa genuina requiere una seguridad mínima que hasta ese momento no había encontrado en ese colegio.

—¿Lees mucho? —le pregunté.

—Todo lo que puedo —dijo—. Es la única actividad que este lugar no puede contaminar del todo.

Amara Osei-Bonsu fue mi primera amiga real fuera de mi familia, y lo fue porque nos entendíamos en ese idioma específico de los que han aprendido a existir en espacios que no fueron diseñados para ellos. No hablábamos de eso directamente, que es también una forma de hablarlo: cuando dos personas comparten la misma geografía invisible, no necesitan nombrarla para reconocerse en ella.

Con Amara aprendí algo que la señorita Hartley había intentado enseñarme pero que solo podía aprenderlo de alguien que lo viviera desde adentro: que la identidad no es lo que otros deciden que eres sino lo que tú construyes con los materiales que tienes disponibles, incluidos los que nadie eligió darte. Mi piel no era un problema mío. Era un problema de quienes necesitaban que fuera un problema, y esa diferencia, aunque pareciera pequeña, lo cambiaba todo.

Salí de St. Margaret a los doce años con las mejores calificaciones de mi promoción, una amistad que duraría décadas, y una comprensión del mundo que ningún programa académico habría podido enseñarme: que la inteligencia puede ser un escudo o un arma, y que la diferencia entre las dos depende de quién decide cómo usarla.

Decidí que sería las dos cosas.

No siempre acerté en la distinción. Pero la decisión en sí misma, tomada a los doce años en un internado de Surrey por una niña negra con padres blancos que había aprendido a mover en un tablero cuyas reglas no había escrito, fue quizás la más importante que tomé en mi vida.

Todo lo demás fue consecuencia.

CAPÍTULO 5

El nombre del bisabuelo

Londres, Janice doce años / presente alternado

Hay historias que esperan. No en el sentido romántico de las historias que buscan a quien las cuente, sino en el sentido más prosaico y más verdadero

de las historias que permanecen guardadas porque nadie ha encontrado todavía el momento correcto para sacarlas a la luz, o porque el momento correcto requiere que quien las escucha haya llegado a cierta edad, a cierta madurez, a cierta capacidad de cargar con lo que significan sin que el peso las aplaste.

Mi madre esperó hasta que yo tuve doce años. Después me dijo que había esperado ese año específico porque fue el año en que me vio regresar de St. Margaret con algo distinto en los ojos, algo que no era exactamente tristeza ni exactamente endurecimiento sino lo que ella llamó, con esa precisión suya para los matices, lucidez prematura.

—Cuando vi eso en tu cara —me dijo mucho después—, supe que ya podías escuchar la historia completa. No porque fuera fácil, sino porque ya tenías las herramientas para saber qué hacer con ella.

Fue un sábado de noviembre. Londres afuera tenía ese aspecto suyo de ciudad que ha decidido tomarse en serio el invierno: cielo bajo, luz escasa, esa humedad que no es exactamente lluvia pero que lo impregna todo con la misma eficiencia. Mi madre había encendido la chimenea de la sala, lo cual en nuestra casa era un gesto que yo asociaba con las conversaciones importantes, las que requerían calor y tiempo y la certeza de que nadie iba a interrumpir. Había té. Había un silencio preparado.

Mi padre no estaba. Tenía sesión parlamentaria, o alguna reunión del partido, o cualquiera de las obligaciones que con regularidad lo llevaban a Londres entre semana y a veces los fines de semana. En aquel entonces yo ya sabía leer la agenda de mi padre como un texto secundario de nuestra vida familiar: cuando estaba, estaba de cierta manera; cuando no estaba, la casa respiraba de otra. No era un alivio su ausencia, exactamente. Era simplemente una diferencia de temperatura.

Mi madre me sirvió el té, se sentó frente a mí con las manos alrededor de su taza, y dijo:

—Quiero contarte algo sobre tu familia. Sobre el lado de tu padre.

La miré.

—¿Sabe él que me lo vas a contar?

Mi madre consideró esto.

—Lo sabe —dijo—. De hecho, fuimos su decisión conjunta, aunque él prefirió no estar presente. Lo cual también es una forma de posición, si quieres verlo así.

Lo vi así, y no dije nada, porque a los doce años ya había aprendido que hay momentos en que lo más inteligente es escuchar.

Se llamaba Joseph Adeyemi. Nació en 1881 en Abeokuta, una ciudad al suroeste de Nigeria que en aquel tiempo era parte del Protectorado Británico de Lagos, que era la manera que tenía el Imperio de llamar a los territorios que había decidido que le pertenecían sin consultárselo a nadie que viviera en ellos.

Era el tercer hijo de un comerciante yoruba que había tenido la fortuna y la astucia de establecer relaciones con los misioneros metodistas antes de que esas relaciones se volvieran una condición de supervivencia más que una elección, y gracias a esa conexión Joseph recibió una educación que para la época y el lugar era extraordinaria: inglés, latín, matemáticas, historia, la historia de otros, claro, la que el Imperio consideraba que valía la pena enseñar, pero historia al fin.

Llegó a Londres en 1906, con veinticinco años y una beca de la Misión Metodista de Stepney que le pagaba los estudios de magisterio y una habitación en una pensión del East End que compartía con otros tres estudiantes de distintas procedencias del Imperio. Mi madre había encontrado todo esto en el expediente que Fletcher el genealogista había entregado a mi padre años antes, el expediente que mi padre había guardado en el cajón inferior de su escritorio con la misma lógica con que se guarda algo que uno no quiere ver pero tampoco puede destruir.

—¿Puedo verlo? —pregunté. El expediente.

—Está aquí —dijo mi madre, y lo sacó de la bolsa que tenía junto al sillón, lo cual me dijo que había planeado este momento con más cuidado del que dejaba ver.

Era una carpeta de cartón marrón, no muy gruesa, con el membrete discreto de la firma de Bloomsbury en la esquina superior. La abrí con una cuidado que no era reverencia exactamente sino el respeto instintivo ante algo que sientes que importa antes de saber por qué. Había fotocopias de registros parroquiales, de listas de pasajeros de barcos, de censos, de registros escolares. Y había una fotografía.

Era pequeña, en sepia, de esas que en los primeros años del siglo pasado requerían que el sujeto permaneciera inmóvil durante varios segundos y que por eso producían una expresión que no era exactamente la expresión natural de nadie sino algo entre la paciencia y la determinación. Joseph Adeyemi tenía en ella unos treinta años, calculé. Llevaba traje y corbata. Tenía la espalda recta y los ojos mirando directamente a la cámara con una fijeza que podía leerse como solemnidad o como desafío, dependiendo de quien mirara.

Lo miré durante un tiempo largo.

—Se parece a mí —dije.

Mi madre sonrió.

—Eso mismo pensé yo la primera vez que lo vi —dijo.

No era una semejanza de rasgos exactos, sino algo más difuso y más verdadero: una manera de ocupar el espacio, una disposición de la cabeza, algo en la línea de la mandíbula que yo había visto en mi propio reflejo sin saber de dónde venía. Ver esa fotografía fue como encontrar una explicación que no sabía que necesitaba, o más exactamente, como descubrir que lo que yo había creído durante años que era solo mío venía de algún lugar, que

tenía origen, que no había aparecido de la nada sino que era el resultado de una cadena de personas y decisiones y azares que llegaban hasta mí desde un lugar al que nunca había podido ponerle nombre.

—Cuéntame más —dije.

Mi madre habló durante casi dos horas. Yo bebí el té que se enfriaba y no pedí que lo recalentaran porque interrumpir habría roto algo que sentía frágil y valioso.

Joseph Adeyemi había llegado a Londres con la intención de graduarse, obtener su título de maestro, y regresar a Nigeria a enseñar. Eso era el plan, y durante los primeros años en el East End el plan se sostuvo con la disciplina de alguien que sabe que está lejos de casa y que la distancia solo tiene sentido si tiene un propósito.

Estudió. Enseñó en una escuela primaria de Whitechapel mientras terminaba su formación. Aprendió los códigos de la ciudad con esa velocidad de los que llegan de fuera y no tienen el lujo de no aprenderlos. Y en algún momento del año 1908, en alguna circunstancia que los registros no preservaron porque los registros de ciertas circunstancias no se preservaban entonces, conoció a Agnes Cooper.

Agnes Cooper era una joven de Bethnal Green, hija de un obrero de los muelles y una costurera, que trabajaba en una lavandería del barrio y que tenía, según los pocos datos que Fletcher había podido reconstruir a partir de registros indirectos, una reputación de mujer independiente en el sentido específico que ese término tenía en el East End de principios del siglo XX, que era decir que tenía opiniones propias y no siempre las guardaba para sí.

Cómo se conocieron Joseph y Agnes es algo que nadie sabe con certeza. Que se conocieron, que tuvieron una relación, y que esa relación produjo una hija son hechos que los documentos confirman con la frialdad burocrática que tienen para las vidas que no encajaban en las categorías previstas.

La hija se llamó Eleanor.

Eleanor Adeyemi, registrada como Eleanor Agnes Cooper en el acta de nacimiento del año 1909, porque el apellido del padre no era una opción que la época facilitara en esas circunstancias, aunque Joseph Adeyemi estuvo presente en el registro y firmó como testigo, que era el único gesto que el sistema le permitía hacer sin convertirlo en un problema de orden público.

William Alderton entró en la historia ese mismo año. Era un hombre de clase trabajadora con aspiraciones de clase media, empleado de una empresa de seguros, que vivía en la misma calle que Agnes Cooper y que llevaba tiempo, según sugería la cronología de los documentos, cortejándola con la persistencia de quien sabe que no es el candidato más brillante del campo pero confía en la constancia.

Se casó con Agnes en diciembre de 1909, cuando Eleanor tenía tres meses, y reconoció legalmente a la niña como su hija, que era un acto que en 1909 requería una cantidad considerable de voluntad social dado el color visible

de Eleanor, porque Eleanor había heredado de su padre la piel oscura y los rasgos que en el East End de principios del siglo XX constituían una declaración involuntaria sobre su origen.

—¿Y Joseph? —pregunté—. ¿Qué pasó con Joseph?

Mi madre consultó el expediente.

—Siguió viviendo en Londres durante varios años más —dijo—. Hay registros de él en la escuela de Whitechapel hasta 1914. Después los registros se interrumpen. Fletcher cree que puede haber regresado a Nigeria, posiblemente por la guerra, posiblemente porque ya no había razones suficientes para quedarse. No hay registro de su muerte en Inglaterra.

—¿Supo alguna vez lo que fue de Eleanor?

—No lo sabemos —dijo mi madre—. Lo que sí sabemos es que Eleanor creció como Eleanor Alderton, con el apellido de William, y que cuando llegó a adulta y se casó con un Sterling, que fue tu bisabuelo paterno, la historia de Joseph Adeyemi desapareció de la memoria familiar con esa eficiencia que tienen las historias que resultan incómodas para las versiones que las familias prefieren de sí mismas.

Me quedé mirando la fotografía.

Había algo en ese hombre, en su manera de mirar la cámara desde 1910 o desde cuando fuera que se había tomado aquella foto, que me producía una emoción que tardé varios minutos en identificar. No era tristeza, aunque había tristeza en ella. No era rabia, aunque había razones para la rabia. Era algo más parecido al reconocimiento, a la sensación de encontrar en un lugar inesperado algo que siempre había sido tuyo sin saberlo.

—¿Por qué lo borraron? —dije, aunque sabía la respuesta.

—Ya sabes por qué —dijo mi madre.

—Quiero escucharlo.

Mi madre dejó su taza sobre la mesa.

—Porque tenía la piel oscura —dijo—. Porque en la Inglaterra de 1909, y en la de 1930, y en la de 1960, y en buena parte de la de hoy, la piel oscura era una complicación que las familias que podían ocultarla preferían ocultar. No porque fueran monstruos, Janice. Sino porque el mundo los premiaba por ocultarla y los castigaba por no hacerlo. Y la mayoría de la gente, cuando le presentan esa ecuación, elige el premio.

—Pero nosotros no pudimos ocultarla —dije.

—Tú no pudiste ocultarla —me corrigió mi madre, con gentileza—. Y eso es lo que hace tu existencia tan importante. No en el sentido sentimental. En el sentido literal: tú eres la prueba de que la sangre no olvida aunque la familia sí lo haga. Eso no tiene precio, aunque a veces tenga un costo muy alto.

Lo pensé durante un momento.

—¿Mi padre lo entiende así?

Mi madre tardó en responder.

—Tu padre lo está entendiendo —dijo—. Ese es el proceso más honesto que puedo describir. No ha llegado todavía a donde necesita llegar. Pero está en camino, y eso no es poca cosa para un hombre que durante mucho tiempo no supo que había un camino.

Guardé la fotografía de Joseph Adeyemi entre las páginas del libro que estaba leyendo en ese momento, que era una edición de bolsillo de *Jane Eyre* que la señorita Hartley me había prestado el último día en St. Margaret con una nota en la primera página que decía simplemente: *Para Janice, que también sabe lo que es ser una extraña en una casa que debería ser la suya.* Guardé la fotografía ahí y la llevé conmigo durante años, hasta que la imagen se fue volviendo tan frágil que tuve que protegerla en una funda de plástico, y luego hasta que encargué una ampliación que hoy cuelga en la pared de mi despacho en Londres, junto a la ventana que da a la calle, donde la luz de la tarde la alcanza durante aproximadamente una hora cada día.

Joseph Adeyemi. Mi tatarabuelo.

El hombre que llegó de Abeokuta con una beca metodista y un plan que la vida deshizo con la eficiencia con que la vida suele deshacer los planes, y que dejó en el mundo una hija que sus propios descendientes eligieron no nombrar, y que sin embargo siguió existiendo en la sangre con la obstinación de lo que no pide permiso para ser real.

Ese día en la sala de la casa de Londres, con el fuego encendido y el té frío y mi madre frente a mí con el expediente abierto, tomé una decisión que no formulé con palabras porque no sabía todavía cómo formularla pero que sentí con la claridad de las decisiones que vienen del cuerpo antes que de la mente: Joseph Adeyemi no iba a desaparecer.

No de mi historia, no de mi voz, no de la manera en que yo me presentaba al mundo. Si mi existencia era la prueba de que la sangre no olvida, entonces mi obligación era ser esa prueba de manera consciente y deliberada, no como víctima de una historia que me había tocado sin pedirlo sino como alguien que había elegido hacerse cargo de ella.

Tenía doce años y una fotografía en sepia entre las páginas de *Jane Eyre*.

Era un principio suficiente.

Años después, cuando empecé a hablar en público sobre la segregación racial en el Reino Unido, siempre mencionaba a Joseph Adeyemi. No como anécdota, no como detalle emotivo para ablandar al auditorio. Lo mencionaba porque era el argumento más preciso que tenía: un hombre borrado de la historia de su propia familia por el color de su piel, cuya sangre había viajado a través de cuatro generaciones de silencio para llegar a mí y hacer visible, de la manera más literal posible, lo que su familia había preferido que permaneciera invisible.

La segregación racial no es solo lo que ocurre en las calles o en los parlamentos o en los colegios de Surrey. Ocurre también en la memoria de las familias, en los apellidos que se cambian, en las fotografías que desaparecen de los álbumes, en los nombres que se dejan de pronunciar hasta que nadie recuerda por qué se dejaron de pronunciar.

Joseph Adeyemi.

Que conste que lo recuerdo.

Que conste que lo digo en voz alta.

CAPÍTULO 6

El padre

Hertfordshire y Londres, Janice entre catorce y dieciocho años

Hay una pregunta que me han hecho muchas veces a lo largo de mi vida, en foros y entrevistas y conversaciones privadas que terminan derivando hacia el mismo lugar: ¿cómo fue crecer con un padre así? La pregunta asume que *así* es una categoría clara, que Edward Sterling-Grant pertenece a un tipo reconocible de personaje que la gente ha visto antes en otras historias, el padre distante, el racista redimido, el hombre que aprende la lección. Yo entiendo la pregunta. También sé que no tiene una respuesta que quepa en el formato que quien la hace suele esperar.

Mi padre no era un tipo. Era un hombre específico con una historia específica, y la relación que tuve con él entre mis catorce y mis dieciocho años fue la más complicada, la más dolorosa, y a la larga la más formativa de mi vida, no porque fuera mala sino porque era verdadera. Las relaciones verdaderas siempre tienen esa textura áspera de lo que no ha sido pulido para resultar presentable. La nuestra no lo había sido.

Empezaré por lo que él era, porque es más justo que empezar por lo que no era.

Edward Sterling-Grant era inteligente de esa manera específica que produce los buenos legisladores y los malos padres: tenía una capacidad extraordinaria para analizar sistemas, para ver las implicaciones a largo plazo de las decisiones, para construir argumentos que resistían el escrutinio. Era honesto dentro de los límites que su mundo le imponía, que no eran los mismos límites que yo le habría impuesto, pero que dentro de esos límites funcionaban con coherencia.

Era leal a las personas que consideraba suyos de una manera silenciosa y práctica que se manifestaba en gestos concretos: aparecer cuando hacía falta, resolver los problemas que podía resolver, sostener lo que podía sostener. No era un hombre de palabras grandes. Era un hombre de acciones pequeñas que con el tiempo se acumulaban en algo que podía leerse, si uno tenía la paciencia y la disposición, como una forma de amor.

El problema era la paciencia. Y la disposición.

Yo fui adquiriéndolas.

A los catorce años regresé de St. Margaret con la certeza de que mi padre era parte del problema que yo había vivido en ese colegio, no de la misma manera que Caroline Ashford ni de la misma manera que la señora Pemberton del vecindario, pero parte del problema al fin. Era el hombre que había necesitado una prueba de ADN para aceptar que yo era su hija.

El hombre que había tardado semanas en tocarme. El hombre cuyas posiciones políticas sobre la inmigración y la identidad nacional yo leía ahora en los periódicos con una mezcla de vergüenza y de rabia que no sabía bien cómo manejar porque estaban dirigidas, en abstracto, hacia personas que se parecían a mí y no a él.

Un martes de enero, durante las vacaciones de invierno, bajé a desayunar y encontré el Times abierto sobre la mesa en la página de opinión. Mi padre había salido temprano. Mi madre estaba en la cocina. El artículo era de un columnista conservador que argumentaba, con la elegancia retórica de quien ha aprendido a decir cosas inaceptables en prosa aceptable, que los problemas de integración en las ciudades inglesas eran fundamentalmente un problema de incompatibilidad cultural y que las políticas de diversidad estaban produciendo más tensión que cohesión. En el margen, con la letra apretada y vertical de mi padre, había una nota: *Punto válido aunque mal argumentado.*

Me quedé mirando esa nota durante un tiempo que no sé cuantificar.

Cuando mi madre entró con el té me encontró todavía de pie junto a la mesa con el periódico en la mano.

—¿Estás bien? —dijo.

—¿Cree esto? —dije, señalando el artículo—. ¿De verdad lo cree?

Mi madre se sentó. No hizo el gesto de desviar la pregunta que yo había aprendido a detectar en los adultos cuando una pregunta les resulta incómoda.

—Algunas partes —dijo—. Otras no. Tu padre es un hombre complicado, Janice, y sus opiniones sobre la raza y la identidad son la parte más complicada de él. No te voy a mentir sobre eso.

—¿Cómo puedes…? —empecé, y no terminé la frase porque no sabía cómo terminarla sin decir algo que luego no pudiera recoger.

—¿Cómo puedo qué? —dijo mi madre.

—Estar con él —dije—. Saber lo que piensa y seguir estando con él.

Mi madre tomó su taza y la sostuvo entre las manos con ese gesto suyo de quien necesita un momento antes de responder con la precisión que la pregunta merece.

—Porque las personas no son sus opiniones políticas —dijo—. O no son solo eso. Tu padre tiene opiniones que me parecen equivocadas, algunas profundamente equivocadas, y se lo digo cuando ocurre. Pero también es el

hombre que lleva dieciséis años construyendo algo conmigo, y que lleva catorce años aprendiendo, torpe y a su ritmo y con muchos tropiezos, a ser tu padre. Abandonar a las personas cuando están equivocadas es fácil. Quedarse y seguir diciéndoles la verdad es más difícil y a veces más útil.

—¿Y si nunca cambia del todo?

—Entonces habrá hecho el camino que pudo hacer —dijo mi madre—. Y será suficiente o no lo será. Pero eso lo decides tú, no yo.

Decidí, a los catorce años, hablar con mi padre. No en el sentido de la conversación que uno planea y ensaya, sino en el sentido más simple y más difícil de empezar a hablarle de las cosas que importaban en lugar de coexistir en el mismo espacio con la política de no mencionar el elefante. El elefante era yo. Llevaba catorce años en el cuarto y ninguno de los dos lo había nombrado directamente.

Lo encontré un sábado por la tarde en la biblioteca, en su sillón habitual, con un informe parlamentario que señalaba con un lápiz. Me senté frente a él. Él levantó la vista, evaluó mi expresión con esa eficiencia suya de lector de situaciones políticas, y dejó el informe sobre la mesa con el lápiz dentro a modo de marcador.

—¿Qué ocurre? —dijo.

—Quiero hablar de algo —dije.

—Bien —dijo. Y esperó, que era también una de sus habilidades: la capacidad de esperar sin llenar el silencio con ruido innecesario.

—Lei tu nota en el periódico —dije—. La del artículo sobre integración.

Un momento.

—¿Y? —dijo.

—¿Lo crees? ¿Que la diversidad produce tensión?

Mi padre me miró durante un segundo antes de responder, y en ese segundo ocurrió algo que yo estaba aprendiendo a reconocer en él: el momento en que decidía ser honesto en lugar de ser político, que no era siempre el mismo momento pero que existía y que, cuando llegaba, producía algo más parecido a una conversación real que cualquier otra cosa que hubiera entre nosotros.

—Creo que la diversidad mal gestionada produce tensión —dijo—. Y creo que en este país ha sido mal gestionada con demasiada frecuencia. —Hizo una pausa—. También creo que esa opinión tiene una contradicción evidente dado quién eres tú, y no me ha pasado inadvertida.

—¿Qué tipo de contradicción?

—La de que soy un hombre que tiene opiniones genéricas sobre la diversidad y una hija específica que es diversidad —dijo, y lo dijo con una sequedad que no era humor exactamente pero que se le acercaba, y que me sorprendió lo suficiente como para que tardara un momento en responder.

—¿Y cómo resuelves esa contradicción? —dije.

—Todavía no la he resuelto —dijo—. Trabajo en ello.

Era la respuesta más honesta que me había dado en catorce años. No era suficiente, pero era real, y la realidad de las respuestas insuficientes tiene a veces más valor que la perfección de las respuestas falsas.

—Yo también trabajo en ello —dije—. En no odiarte por las partes que todavía no has resuelto.

Mi padre me miró. En su cara había algo que no supe clasificar del todo en ese momento y que con el tiempo aprendí a reconocer como la expresión de un hombre que acaba de recibir algo que no esperaba y que no sabe si agradecerlo o si le duele.

—Eso es generoso —dijo.

—No es generosidad —dije—. Es que no tengo otra opción práctica. Eres mi padre.

Guardó silencio un momento.

—Sí —dijo—. Lo soy.

Y volvió a tomar el informe parlamentario, que era también su manera de decir que la conversación había llegado hasta donde podía llegar por ese día, y que algo en ella había sido suficientemente importante como para necesitar ser procesado en privado antes de continuar.

Esa conversación fue la primera de muchas. No ocurrían con frecuencia ni con un programa establecido. Ocurrían cuando la circunstancia las producía, que en nuestra familia solía ser la combinación de un artículo de periódico, un debate parlamentario televisado, algún incidente en mi vida que llegaba a sus oídos a través de mi madre y que él no podía ignorar sin que su silencio se convirtiera en una declaración que ninguno de los dos quería que hiciera.

El incidente más significativo de esos años ocurrió cuando yo tenía dieciséis. Hubo una reunión del partido en casa, una de esas cenas de fin de semana donde los colegas de mi padre venían con sus esposas y sus opiniones y su whisky escocés y conversaban sobre el estado del país con la autoridad de los que se creen encargados de administrarlo. Yo estaba en casa porque era fin de semana y porque no había tenido la previsión de inventar un plan alternativo. Mi madre me sugirió, con esa diplomacia suya que era también una forma de protección, que quizás prefería cenar en mi cuarto. Le dije que no, que cenarían en el comedor como cualquier otro fin de semana.

Mi madre me miró.

—Bien —dijo—. Entonces baja a cenar.

Había doce personas en la mesa. Me senté en mi lugar habitual, junto a mi madre. La conversación en los primeros platos fue de esa variedad política que en esas cenas funcionaba como calentamiento, sin demasiada sustancia pero con mucho énfasis. El hombre a la derecha de mi padre se llamaba

Grayson, era diputado por una circunscripción del norte y tenía esa confianza específica del hombre que nunca ha necesitado revisar sus supuestos porque nadie en su entorno le ha presentado razones para hacerlo.

Hacia el final del segundo plato, Grayson dijo, dirigiéndose a mi padre con la familiaridad de los que llevan años compartiendo bancada:

—He visto los últimos datos de inmigración. Preocupantes, Edward. Muy preocupantes. Estos barrios donde ya no se habla inglés en las tiendas, donde las escuelas no pueden funcionar porque la mitad de los niños llegan sin el idioma... —Hizo un gesto vago con el tenedor que pretendía resumir una civilización en riesgo—. Uno entiende por qué la gente está harta.

La mesa guardó el tipo de silencio que guarda cuando todos saben que hay algo en la habitación que nadie está nombrando.

Mi padre no respondió de inmediato.

—Grayson —dijo al fin, con esa voz suya de temperatura baja que yo ya había aprendido a distinguir de su voz normal—, hay diversas maneras de abordar ese tema. Esta noche no creo que sea el momento más adecuado para ninguna de ellas.

Grayson lo miró. Luego me miró a mí. Y en su cara ocurrió el procesamiento visible del hombre que acaba de entender lo que no había entendido antes, seguido por el enrojecimiento leve del que se sabe en falta y no sabe cómo salir de ella con elegancia.

—Por supuesto —dijo—. Tienes razón. Otro momento.

La cena continuó.

Después, cuando los invitados se habían ido y mi madre estaba en la cocina y yo recogía los últimos vasos del comedor, mi padre entró. Se quedó en el umbral un momento.

—¿Estás bien? —dijo.

—Estoy bien —dije.

—Grayson no es...

—Lo sé lo que es Grayson —dije—. Y lo que no es. —Puse el último vaso en la bandeja—. Lo que no sabía era lo que eras tú en ese momento.

Mi padre no dijo nada.

—Gracias —dije—. Por lo que dijiste.

—No dije gran cosa.

—Dijiste suficiente —dije—. Para ti, en ese contexto, con esa gente, dijiste suficiente.

Se quedó en el umbral un momento más. Luego asintió una vez, despacio, y se fue hacia su estudio.

No era un padre de película. No era el hombre que hubiera elegido para el papel si hubiera tenido elección. Era el hombre que tenía, con todas sus contradicciones y sus lentitudes y sus momentos de insuficiencia que nunca

se volvieron del todo suficiencia. Pero en esa cena de domingo con Grayson y el whisky escocés y los datos de inmigración, había dicho que no. De la única manera que sabía decirlo, en la única voz que tenía disponible, con las herramientas imperfectas de un hombre que estaba aprendiendo algo que debería haber sabido siempre.

A los dieciocho años, la noche antes de irme a Oxford, mi padre llamó a mi puerta.

Entró con esa incomodidad suya de los momentos que reconocía como importantes y para los que no tenía protocolo establecido. Se sentó en el borde de la cama. Yo seguía haciendo la maleta, porque hacer algo con las manos facilita las conversaciones difíciles y los dos lo sabíamos aunque nunca lo hubiéramos dicho.

—Quiero decirte algo —dijo.

Seguí doblando ropa.

—Cuando naciste —dijo—, tomé decisiones que no fueron las correctas. No voy a enumerarlas porque ya las sabes y porque enumerarlas no sirve de nada a estas alturas. Lo que sí quiero que sepas es que el problema nunca fuiste tú. El problema era yo, y mis miedos, y las cosas que el mundo me había enseñado que resultaron ser incorrectas. —Hizo una pausa—. No lo resolví tan rápido como debería haberlo resuelto. Pero lo estoy resolviendo. Y quiero que sepas que estoy orgulloso de quien eres. No a pesar de cómo eres. Por cómo eres.

Me detuve con una camiseta doblada a medias en las manos.

Lo miré.

En su cara había algo que reconocí como el esfuerzo de un hombre que no tiene un vocabulario fluido para ciertas cosas y que las está diciendo de todas formas porque ha llegado a la conclusión de que el esfuerzo es obligatorio aunque el vocabulario no llegue.

—Gracias —dije.

—No tienes que agradecerme nada.

—Lo sé —dije—. Por eso te lo agradezco.

Era la misma frase que mi madre le había dicho a él dieciocho años antes en el hospital, después de que defendiera mi derecho a comer en la mesa familiar. No lo había planeado. Simplemente salió, y cuando salió los dos lo reconocimos, y por un momento algo en la habitación se volvió más fácil de respirar.

Mi padre se levantó. En la puerta se detuvo.

—Oxford —dijo, con algo que en otro hombre habría sido una sonrisa—. Tu bisabuelo Joseph habría tenido algo que decir sobre eso.

Era la primera vez que lo nombraba.

La primera vez en dieciocho años que Edward Sterling-Grant pronunciaba el nombre de Joseph Adeyemi, que era el nombre de lo que los conectaba a los dos con una hija que ninguno de los dos había elegido pero que estaba ahí, real e irreversible y suya, camino de Oxford con una maleta a medio hacer y dieciocho años de historia que todavía estaba aprendiendo a contar.

—Sí —dije—. Creo que sí.

Y cerró la puerta.

CAPÍTULO 7

Oxford

Oxford, Janice dieciocho a veintiún años

Oxford huele a piedra húmeda y a ambición contenida. Es un olor que reconoces la primera vez que entras por alguna de sus puertas antiguas y que no olvidas porque tiene la cualidad de los olores que anuncian algo: que estás en un lugar donde las cosas se han decidido durante siglos, donde el peso de lo que ocurrió antes aplasta suavemente lo que intenta ocurrir ahora, donde la excelencia es el precio de admisión pero la pertenencia es otra moneda distinta que se cotiza según reglas que nadie ha escrito porque nunca han necesitado escribirlas.

Llegué en octubre, con la maleta nueva que había sustituido a la maleta nueva de St. Margaret y con la misma mezcla de determinación y cautela que había aprendido a llevar como equipaje de mano en los espacios que no habían sido diseñados pensando en mí. Exeter College, uno de los más antiguos, con un jardín interior que en otoño tenía esa hermosura melancólica de las cosas que saben que son hermosas y no necesitan esforzarse.

Mi tutor se llamaba profesor Aldous Pemberton, lo cual me produjo una ironía privada que guardé para mí sola durante semanas: el mismo apellido de la señora Pemberton de Hertfordshire que había dicho que yo era adoptada. El mundo tiene esa tendencia a los ecos, como si quisiera asegurarse de que no olvidas de dónde vienes.

El profesor Pemberton era un hombre de unos sesenta años, especialista en literatura postcolonial, que llevaba suficiente tiempo en Oxford como para haber desarrollado la capacidad de ver a sus estudiantes sin el filtro de sus propias expectativas, que es una habilidad más rara de lo que debería ser en un lugar dedicado supuestamente al pensamiento riguroso.

Me recibió en su despacho, entre montañas de libros que habían dejado de respetar las estanterías y colonizaban las sillas y el suelo con la indiferencia de quien lleva décadas conviviendo con el desorden y ha llegado a un acuerdo de no agresión mutua, y me miró con la atención específica de quien evalúa no lo que eres sino lo que puedes ser.

—Janice Sterling-Grant —dijo, mirando mi expediente académico—. Mejores notas de su promoción en St. Margaret. Ensayo de admisión sobre la

memoria cultural en la literatura anglófona de la diáspora africana. —Levantó la vista—. ¿Por qué ese tema?

—Porque es el que más me importa —dije.

—¿Por razones personales o intelectuales?

—Por ambas —dije—. Y no creo que haya una distinción real entre las dos cuando uno elige bien su tema.

El profesor Pemberton dejó el expediente sobre la mesa.

—Bien —dijo—. Esa respuesta me dice más que el expediente. Siéntese.

Oxford me enseñó muchas cosas. Me enseñó que la excelencia académica es necesaria pero no suficiente, que hay una forma de inteligencia que los exámenes miden y otra que los exámenes no alcanzan, y que la segunda es la que determina si uno hace algo con lo que aprende o si simplemente lo acumula.

Me enseñó que el racismo académico es más sofisticado y por eso más difícil de combatir que el racismo de los comedores escolares o los vecindarios de clase media: no se manifiesta en exclusiones obvias sino en la forma en que ciertas perspectivas se presentan como universales y otras como particulares, en la manera en que un ensayo escrito desde cierta experiencia se califica de subjetivo cuando exactamente el mismo argumento escrito desde otra experiencia se califica de objetivo, en el gesto casi imperceptible de sorpresa que algunos profesores no podían suprimir del todo cuando yo hablaba en los seminarios con la fluidez y la precisión que se esperaban de mis compañeros pero no de mí.

Lo aprendí despacio y con irritación creciente, que es la velocidad y la temperatura correctas para aprender ese tipo de cosas.

El primer semestre fue un proceso de cartografía: aprender el terreno, identificar los aliados, entender las reglas no escritas que organizaban la vida social e intelectual de Exeter. Había otros estudiantes negros, no muchos, dispersos por los distintos colegios con esa distribución estadística que las universidades del grupo Russell presentaban en sus folletos de diversidad como un logro y que en la práctica significaba que cada uno de nosotros cargaba con un peso representacional que nuestros compañeros blancos no tenían que considerar.

Cuando uno de nosotros fallaba en un seminario, fallaba en representación de algo. Cuando uno de nosotros sobresalía, sobresalía en representación de algo. La representación es una carga que nadie pide y que el mundo impone, y aprender a cargarla sin que te aplaste o sin que te defina completamente es uno de los trabajos más agotadores que conozco.

Conocí a Damien Walsh en el segundo semestre, en una conferencia sobre literatura africana contemporánea a la que ambos habíamos ido por razones distintas que resultaron ser la misma razón. Era de Cork, hijo de un obrero de la construcción y una enfermera, había llegado a Oxford con una beca de mérito y la conciencia de clase de alguien que ha crecido sabiendo que los

espacios como ese no fueron construidos para gente como él. Nos entendimos en esa frecuencia específica de los que llegan a ciertos lugares desde fuera y aprenden a habitarlos sin rendirse del todo a sus lógicas.

Damien fue el primer hombre que me amó. Lo digo con la precisión que merece: no el primer hombre que se interesó en mí, que hubo algunos antes de esa edad y que no vienen al caso, sino el primero que me amó en el sentido completo del verbo, que incluye ver a la persona que tienes delante con sus contradicciones y su historia y sus bordes sin pulir y decidir que quieres estar ahí de todas formas.

Durante casi dos años fuimos algo que no se nombraba del todo, porque nombrar las cosas en Oxford tiene consecuencias que los dos evaluábamos con la cautela de quienes saben que los espacios públicos les pertenecen menos de lo que debería. Estudiábamos juntos en la biblioteca Bodleiana hasta que cerraba. Caminábamos por Christ Church Meadow en las tardes cuando el frío no era insoportable, que en Oxford era raramente. Hablábamos de literatura y de política y de las maneras en que ambas son la misma cosa con distinta ropa, que era el tipo de conversación que yo necesitaba y que con Damien tenía sin esfuerzo.

Y luego, en el tercer año, algo se rompió de la manera en que se rompen las cosas que no tienen un momento exacto de quiebre sino una acumulación de presiones que un día superan la resistencia del material.

Fue en una cena de colegio, una de esas ocasiones formales que Oxford mantiene con la devoción de quien preserva un ritual cuyo propósito original ya no recuerda pero cuya forma le resulta suficientemente hermosa como para no cuestionarla. Había vino y velas y el tipo de conversación que se da cuando la formalidad del entorno obliga a las personas a mostrar de qué están hechas cuando tienen que ser su mejor versión sin el lubricante de la informalidad.

El amigo de Damien, un estudiante de filosofía llamado Tristán que tenía esa seguridad de los que nunca han tenido que cuestionar si pertenecen al lugar donde están, hizo un comentario. No un insulto. Un comentario de esa variedad que se presenta como observación neutral pero que lleva dentro una evaluación que el hablante no ha examinado lo suficiente como para saber que la está haciendo. Dijo, refiriéndose a una académica cuya conferencia habíamos escuchado esa tarde, una mujer negra de Birmingham que había hablado sobre identidad y pertenencia con una lucidez que a mí me había parecido extraordinaria:

—Interesante perspectiva, aunque es difícil separar el argumento de la experiencia personal. Cuando alguien habla desde una posición tan marcada, uno siempre se pregunta hasta qué punto el análisis es objetivo.

Hubo un silencio de mesa.

Damien me miró.

Yo tenía la copa de vino en la mano y sentí, con esa claridad física de los momentos que importan, que lo que ocurriera en los próximos treinta segundos diría algo definitivo sobre varias cosas al mismo tiempo.

—Eso es interesante, Tristán —dije, con la calma específica que se aprende cuando uno ha tenido suficiente práctica en decir cosas difíciles en voz tranquila—. ¿Qué posición consideras que no está marcada? Porque los que hablan desde la posición dominante también hablan desde una posición. Solo que esa posición tiene el privilegio de presentarse como neutral, lo cual es en sí mismo una forma de sesgo que no se examina.

Tristán me miró.

—No era una crítica personal —dijo.

—No lo tomé como tal —dije—. Era una observación intelectual sobre tu argumento. Que es lo que hacemos aquí, ¿no?

La cena continuó. Tristán cambió de tema con la habilidad de quien ha aprendido en Oxford que los cambios de tema oportunos son una forma de elegancia social. Damien no dijo nada durante ese intercambio ni después, en el camino de vuelta a nuestros colegios, y su silencio era de una textura que yo ya sabía leer aunque prefería no leerla.

—¿Por qué no dijiste nada? —le pregunté.

Caminábamos por las calles de piedra, el aliento visible en el aire frío de noviembre.

—Lo dijiste tú —dijo.

—Eso no era suficiente —dije—. Necesitaba que tú también lo dijeras.

—Janice...

—No te estoy recriminando. Te estoy explicando lo que sentí. Que estaba sola en esa mesa en ese momento, aunque tú estuvieras sentado a mi lado.

Damien se detuvo.

—Tienes razón —dijo—. No supe cómo reaccionar. Me bloqueé.

—Lo sé —dije—. Y lo entiendo. Pero bloquearse tiene consecuencias para quien queda expuesta mientras el otro se bloquea.

Esa conversación fue la primera grieta. No la última. A lo largo del tercer año las grietas se multiplicaron con esa lógica de las estructuras que han alcanzado el límite de su resistencia: no por mala voluntad de ninguno de los dos sino porque éramos dos personas que se querían bien y que venían de lugares suficientemente distintos como para que la distancia entre esos lugares fuera, a veces, mayor que el amor que los cruzaba.

Terminamos en mayo del tercer año, sin drama y sin odio, con la tristeza limpia de las cosas que se terminan porque ya llegaron a su forma final y no tienen más territorio por explorar. Damien se fue a Cork a pasar el verano. Yo me quedé en Oxford, en la biblioteca Bodleiana que olía a papel y a siglos, y escribí el ensayo final de mi carrera sobre la memoria obliterada en la

literatura de la diáspora africana, que era también una forma de escribir sobre Joseph Adeyemi y sobre todo lo que su historia me había enseñado sobre lo que se pierde cuando una familia decide que ciertas verdades son demasiado incómodas para ser recordadas.

El profesor Pemberton leyó el ensayo y me convocó a su despacho.

—Este es el mejor trabajo que he recibido en doce años de tutorías —dijo, sin preámbulo, con la sequedad de quien no practica el elogio con facilidad y por eso mismo resulta creíble cuando lo hace—. Tiene una voz que la mayoría de los académicos pasan toda su carrera intentando encontrar y nunca encuentran. ¿Qué va a hacer con ella?

—Usarla —dije.

—¿En qué dirección?

—En la que más la necesiten —dije.

El profesor Pemberton asintió.

—Bien —dijo—. Hay una conferencia en Londres en septiembre. Sobre derechos civiles y políticas de integración en el Reino Unido. Me han pedido que sugiera un nombre joven para una ponencia. ¿Le interesa?

Me interesaba.

Mi padre asistió a la graduación en junio con mi madre y con la abuela Edith, que a sus ochenta y dos años había decidido que Oxford era una ocasión suficientemente importante como para hacer el viaje desde Hertfordshire con sus rodillas artríticas y su sombrero de paja que llevaba veinte años siendo el mismo sombrero de paja. Se sentaron en el patio de Exeter bajo el sol improbable de un junio oxoniense y me vieron cruzar el estrado con mi toga y mi birrete y el pergamino que certificaba que había terminado lo que había venido a hacer.

Mi padre estaba de pie cuando me acerqué después de la ceremonia. Llevaba su traje gris, el mismo color que el traje que llevaba el día que nací, lo cual noté y no mencioné porque hay simetrías que es mejor dejar en paz. Me tendió la mano, que era su gesto habitual, y yo la estreché, y luego ocurrió algo que no había ocurrido entre nosotros desde que yo era suficientemente pequeña como para que resultara natural: me abrazó.

Fue breve. Fue torpe. Fue exactamente el tipo de abrazo que da un hombre que no ha practicado el gesto lo suficiente y que lo está haciendo de todas formas porque ha llegado a la conclusión de que no hacerlo sería una cobardía mayor que la incomodidad de hacerlo.

—Estoy orgulloso —dijo, contra mi hombro, en voz suficientemente baja como para que solo yo lo escuchara.

No era la primera vez que me lo decía. Me lo había dicho la noche antes de que me fuera a Oxford, en el umbral de mi cuarto con la maleta a medio hacer. Pero esta vez lo decía en público, con testigos, en el patio de Exeter College bajo el sol de junio, y eso era diferente. Para Edward Sterling-Grant,

que había construido su identidad pública durante décadas sobre una versión del mundo que yo contradecía con mi existencia, decirlo en público era el gesto más costoso que podía hacer.

—Yo también —dije.

Me separé. Él me miró sin entender del todo.

—¿Tú también qué?

—Estoy orgullosa —dije—. De lo que has hecho. Del camino. Aunque tarde y aunque con tropiezos.

En su cara ocurrió algo que no supe clasificar exactamente y que con los años he llegado a entender como la expresión de un hombre que acaba de recibir algo que no sabía que necesitaba.

La abuela Edith, que había escuchado sin fingir que no escuchaba, dijo desde su silla con esa voz suya de quien reserva las palabras para cuando valen la pena:

—Bien. Ya era hora.

Y eso fue todo.

Tres semanas después estaba en Londres, preparando la ponencia para la conferencia de septiembre. Tenía veintiún años y una voz. El resto fue aprender a usarla.

CAPÍTULO 8

La luchadora

Londres y Europa, Janice veintitantos años

La primera vez que hablé en público sobre la segregación racial en el Reino Unido tenía veintiún años, un traje azul marino que mi madre me había ayudado a elegir con la meticulosidad de quien sabe que la ropa en ciertos contextos es también un argumento, y una ponencia de doce minutos que había reescrito catorce veces en tres semanas. La conferencia era en un hotel de Bloomsbury, el mismo barrio donde Fletcher el genealogista tenía sus oficinas discretas, lo cual era otra de esas simetrías que el mundo produce sin pedir permiso.

Había en la sala unas ochenta personas: académicos, funcionarios, periodistas, activistas, el tipo de audiencia que asiste a estas conferencias con una mezcla de convicción genuina y la conciencia de que estar ahí es también una forma de señalizar que uno está en el lado correcto de la historia.

Me presentaron como estudiante recién graduada de Oxford, hija de Edward Sterling-Grant, diputado conservador, lo cual produjo en la sala ese movimiento casi imperceptible de reajuste de expectativas que yo había aprendido a detectar y que ya no me molestaba de la misma manera que antes porque había aprendido a usarlo. Cuando la gente reajusta sus

expectativas está en un estado de atención particular, y la atención particular es exactamente lo que uno necesita para decir algo que importe.

Hablé doce minutos. Hablé de Joseph Adeyemi. Hablé de St. Margaret y de Caroline Ashford y de la crueldad que no deja marcas visibles porque sus practicantes saben que las marcas son inconvenientes. Hablé de mi padre, no por su nombre sino por lo que representaba: el hombre que necesitó una prueba de ADN para aceptar a su hija, que era también el hombre que estaba aprendiendo a no necesitarla. Hablé de la segregación racial como un problema de miedo y no de ignorancia, que era la distinción que me parecía fundamental y que casi nadie nombraba porque nombrarla requería admitir que la información sola no resuelve nada.

Cuando terminé hubo un silencio de unos tres segundos que en esa clase de eventos equivale a una eternidad, y luego el aplauso que no es el aplauso cortés de la audiencia que cumple sino el otro, el que tiene una textura diferente porque viene de un lugar diferente.

El profesor Pemberton, que estaba en la última fila, me buscó después con una expresión que no era exactamente orgullo pero que se le parecía.

—Eso fue lo que esperaba —dijo.

—¿Lo que esperaba o lo que esperaba que fuera posible? —le pregunté.

—La segunda —dijo—. Que es mejor.

Esa conferencia produjo tres consecuencias inmediatas. La primera fue un artículo en The Guardian que me citaba extensamente y que mi padre leyó en el desayuno, según me contó mi madre, sin decir nada durante un tiempo largo y luego dejando el periódico sobre la mesa con una cuidado que ella interpretó como la forma que él tenía de procesar algo que le importaba más de lo que estaba dispuesto a admitir en ese momento.

La segunda fue una invitación a participar en un panel en Bruselas sobre políticas de integración en la Unión Europea, que acepté aunque no tenía todavía muy claro qué tenía que decir sobre políticas europeas con veintiún años y una sola conferencia en el currículum. La tercera fue una llamada de Amara Osei-Bonsu, mi amiga de St. Margaret, que estaba haciendo un doctorado en el King's College y que me dijo, con esa sequedad suya que no había cambiado desde los once años:

—Vi el artículo. Bien hecho. Aunque podrías haber sido más dura con el argumento de la integración mal gestionada. Le dejas demasiado espacio a la narrativa conservadora.

—Era una conferencia de apertura —dije—. Necesitaba que la gente escuchara antes de que tuviera que defenderse.

—Eso es estrategia política, no argumento intelectual.

—A veces son la misma cosa —dije.

—A veces —concedió Amara—. Pero solo a veces. ¿Cuándo tomamos un café?

Los años que siguieron tienen en mi memoria la textura de un movimiento continuo, de maletas que se deshacen y se vuelven a hacer, de aeropuertos y salas de conferencias y hoteles con camas cómodas y ventanas que dan a ciudades que voy aprendiendo en fragmentos porque nunca estoy el tiempo suficiente para conocerlas del todo.

Bruselas, Ginebra, París, Berlín, Amsterdam, Lisboa. Más tarde Nueva York, Johannesburgo, Nairobi. La geografía de la lucha contra la segregación racial tiene una lógica propia: los mismos argumentos se dan en distintos idiomas en distintos continentes, y el hecho de que haya que darlos una y otra vez en lugares tan distintos es en sí mismo el argumento más elocuente sobre la naturaleza del problema.

Fui construyendo mi voz en ese recorrido, que es la única manera en que se construye una voz: usándola, equivocándose, corrigiéndose, refinando los argumentos que funcionan y abandonando los que no, aprendiendo a leer una sala antes de hablar y a leer una reacción mientras se habla y a ajustar sin perder el hilo.

Aprendí que hay una diferencia entre convencer y conmover, y que los mejores discursos hacen las dos cosas en ese orden: primero el argumento, luego la emoción que le da al argumento un lugar donde vivir en la memoria del que escucha. Baldwin lo sabía. Lo aprendí de él antes de aprenderlo de mi propia experiencia, y cuando lo aprendí de mi experiencia entendí por qué Baldwin lo sabía.

También aprendí las contradicciones.

La primera y más persistente fue la relación con la comunidad afro británica, que era compleja de una manera que nadie en los foros internacionales donde yo era aplaudida parecía encontrar necesario examinar. Me reivindicaban como figura, lo cual era generoso y era también una forma de apropiación que a veces me resultaba incómoda porque la figura que reivindicaban no siempre se correspondía con quien yo era.

Era la hija de padres blancos que hablaba sobre la experiencia negra en el Reino Unido desde una posición que no era exactamente la de quien ha crecido en una comunidad negra, y esa diferencia importaba aunque nadie quisiera nombrarla abiertamente porque nombrarla resultaba inconveniente para todos.

Fue Amara quien me lo dijo con la honestidad brutal que la caracterizaba, en una de esas cenas en su piso de Brixton donde cocinaba jollof rice y hablábamos durante horas de las cosas que en público había que medir con más cuidado.

—Hay gente en la comunidad —dijo, sirviendo arroz con esa eficiencia suya que nunca desperdiciaba movimientos— que te mira y ve una imagen útil pero no una aliada real.

—¿Y tú? —dije.

—Yo te conozco desde que tenías once años —dijo—. Tú eres Janice. Pero la gente que no te conoce ve a la hija del diputado conservador que resultó negra, que es una historia interesante pero que no es la historia de alguien que creció en Peckham o en Brixton o en Moss Side y sabe lo que significa ese crecimiento desde adentro.

—Nunca he dicho que sea esa historia —dije.

—No. Pero tampoco lo aclaras suficientemente cuando hablas. Y esa ambigüedad te beneficia en los foros internacionales y te cuesta credibilidad aquí.

Me quedé con el arroz a medio comer, procesando esto.

—¿Qué hago con eso? —dije.

—Nombrarlo —dijo Amara—. Con la misma precisión con que nombras todo lo demás. Decir lo que eres y lo que no eres y dejar que la gente decida si eso les resulta suficiente. Porque la alternativa es construir una identidad sobre una ambigüedad conveniente, y eso se sostiene hasta que no se sostiene.

Lo pensé durante semanas. Luego lo hice.

En una conferencia en Manchester, ante una audiencia mayoritariamente afro británica que me miraba con esa mezcla de expectativa y reserva que yo ya había aprendido a leer, dije algo que no había dicho en público antes con esa claridad:

—No crecí en una comunidad negra. Crecí en una casa blanca en Hertfordshire donde aprendí lo que es la segregación racial desde una posición que no es la de la mayoría de las personas que están en esta sala. Eso limita mi perspectiva de maneras que es importante nombrar. Lo que no limita es mi compromiso con el argumento, que es el único terreno donde creo que puedo ser útil sin pretender ser algo que no soy.

El silencio que siguió a eso fue distinto al silencio de Bloomsbury. Fue más largo y más denso, y lo que vino después del silencio fue más lento y más cauteloso, pero cuando llegó tenía una calidad diferente, porque venía de un lugar donde yo había dicho la verdad incómoda en lugar de la verdad conveniente, y ese tipo de verdad produce una confianza que la otra no puede producir.

Amara, que estaba en la sala, me llamó esa noche.

—Bien hecho —dijo.

—Me costó —dije.

—Las cosas que valen siempre cuestan —dijo—. Por eso valen.

La otra contradicción era más íntima y más difícil de articular en público porque tenía que ver con la pregunta que nadie me hacía directamente pero que estaba presente en muchas conversaciones como una corriente subterránea que se sentía aunque no se viera: ¿hablas por los que no tienen voz o hablas por ti misma?

No son preguntas excluyentes. Pero tampoco son idénticas, y pretender que lo son es una forma de eludir algo que importa. La verdad, que me costó años formular con honestidad, es que hablo por mí misma en primer lugar, con toda la historia específica que eso implica, y que eso no me impide hablar también por algo más grande que yo misma, pero que el orden importa.

Quien habla primero por los demás y luego por sí mismo corre el riesgo de construir una identidad sobre la utilidad que tiene para otros, y esa identidad es frágil porque depende de que los otros la confirmen constantemente. Quien habla primero desde su propio centro y desde ahí se extiende hacia lo colectivo tiene una base que no le pueden quitar aunque le quiten el micrófono.

Baldwin lo sabía también. Casi todo lo que he necesitado saber sobre estas cosas estaba ya en Baldwin, lo cual es a la vez reconfortante y ligeramente irritante.

Cumplí veinticinco años en un avión entre Londres y Johannesburgo, con un whisky pequeño que pedí porque era mi cumpleaños y porque los cumpleaños en los aviones tienen una melancolía específica que requiere algo con alcohol, y pensé en Joseph Adeyemi cruzando el Atlántico en un barco de vapor en 1906 con su beca metodista y su plan que la vida desharía.

Pensé en lo diferente y lo parecido que eran nuestros recorridos: los dos alejados de un lugar de origen, los dos aprendiendo a existir en espacios que no habían sido diseñados para nosotros, los dos cargando con una historia que nadie más en la sala podía ver pero que estaba presente en cada cosa que hacíamos. La diferencia era que yo lo hacía por elección, con un pasaporte británico y una tarjeta de crédito y la posibilidad de regresar, y que él lo había hecho desde la precariedad de quien no tiene red de seguridad y sabe que un paso en falso no tiene corrección.

Esa diferencia también importa. Nombrarla también es parte del trabajo.

A los veintisiete tuve una relación con un funcionario de la ONU que duró ocho meses y que terminó porque él era un hombre fundamentalmente bueno que vivía en Ginebra y que quería una vida que yo no podía darle porque la mía tenía una geografía demasiado inestable para sostener lo que él necesitaba. No hubo drama. Hubo la tristeza limpia de las cosas que terminan porque no encajan, no porque estén rotas.

A los veintinueve conocí a Thomas Mwade.

Pero esa historia viene después. Hay cosas que requieren su propio espacio, su propio capítulo, su propio tiempo para ser contadas con la precisión que merecen. Lo que sí puedo decir aquí es que cuando conocí a Thomas yo era ya una mujer que había aprendido, a un costo que no siempre había podido calcular de antemano, a habitar su propio centro. No perfectamente. No sin dudas ni sin noches en que la pregunta de si valía la pena todo esto se sentaba en la cama junto a mí y no se iba hasta que el sueño la desalojaba.

Pero sí con una consistencia que me daba una base desde la que enfrentar lo que viniera.

Lo que vino fue Thomas.

Y lo que Thomas trajo consigo fue el descubrimiento, que debería haber sido imposible después de todo lo que había aprendido y que sin embargo resultó ser perfectamente posible, de que uno puede saber exactamente cómo funciona un mecanismo y aun así quedar atrapado en él cuando el mecanismo lleva el nombre de alguien que uno ama.

Pero eso viene después.

Primero, la luchadora.

Después, la mujer.

El orden importa, aunque al final sean la misma persona.

CAPÍTULO 9

Thomas

Londres, tiempo cercano al presente

Hay personas que uno reconoce antes de conocerlas. No en el sentido místico que la gente usa cuando quiere decir que algo les pareció predestinado, que es una manera de restar agencia a lo que en realidad fue una elección. Lo digo en el sentido más literal: hay personas cuya manera de estar en el mundo resulta legible para uno de inmediato, como si hablaran un idioma que uno conoce aunque no lo haya estudiado, como si sus gestos y sus silencios y la forma en que ocupan el espacio dijeran algo que otros gestos y otros silencios no dicen. Thomas Mwade era una de esas personas para mí. Lo reconocí antes de saber su nombre. Y ese reconocimiento, que debería haberme dado ventaja, resultó ser exactamente la forma en que quedé más expuesta.

Era octubre. Londres en octubre tiene esa luz particular de las cosas que saben que se están acabando pero todavía no han llegado al final, una luz oblicua y dorada que hace que todo parezca más significativo de lo que probablemente es. El congreso era en un hotel de South Bank, con vistas al Támesis que nadie miraba porque todos estaban demasiado ocupados mirándose entre sí con esa mezcla de evaluación y cortejo intelectual que caracteriza a los eventos donde la gente va a defender posiciones y a medir las posiciones de los demás.

Se llamaba Identidad, Pertenencia y Derechos Civiles en la Europa Contemporánea, que era el tipo de título que cubre suficiente terreno como para que nadie pueda acusarte de haber dejado algo fuera.

Yo llegué el primer día con ponencia preparada para el panel de la tarde y la mañana libre para escuchar a los demás, que es la parte de los congresos que más me gusta porque es la única en que uno puede aprender algo sin la presión de estar siendo evaluado simultáneamente. Me senté en la segunda

fila del auditorio principal con mi café y mi cuaderno, que sigo usando aunque todo el mundo usa ya el ordenador, porque escribir a mano me obliga a elegir qué recordar en lugar de registrar todo y no leer nada después.

El primer ponente de la mañana era un académico de la Universidad de Lagos que hablaba sobre las políticas de diáspora y la construcción de identidad transnacional. Era riguroso y un poco árido, del tipo de orador que tiene mucho que decir y confía demasiado en que la sustancia sola sea suficiente para sostener la atención. Tomé notas. Bebí el café.

El segundo ponente fue Thomas Mwade.

Se presentó él mismo porque el moderador había confundido el orden del programa y había introducido al ponente siguiente, lo cual Thomas manejó con una gracia tan natural que el moderador tardó varios segundos en darse cuenta de que había cometido un error. Subió al estrado con esa manera de caminar de los que no piensan en cómo caminan, con una carpeta delgada que no abrió en ningún momento de los cuarenta minutos siguientes, y miró a la sala durante un segundo antes de hablar, como si estuviera tomando la temperatura del cuarto.

Tenía unos cuarenta años. Era alto, de complexión fuerte, con el tipo de cara que en inglés se describe como striking, esa palabra que no traduce del todo porque en español ninguna equivalencia captura exactamente la combinación de atractivo y presencia que significa. Llevaba un traje oscuro sin corbata, que en ese contexto era una declaración estética tan precisa como habría sido el traje completo. Hablaba con un acento que era de Londres pero que llevaba adentro otros acentos, capas de historia geográfica que se oían si uno prestaba la atención correcta.

Habló sobre lo que él llamaba el supremacismo de la identidad, que era el argumento de que cualquier forma de identidad colectiva, racial, nacional, cultural, que se construye sobre la exclusión del otro reproduce la misma lógica que dice combatir. El argumento no era nuevo en sus componentes pero era nuevo en su arquitectura, en la manera en que Thomas lo construía desde adentro, desde la experiencia de alguien que había vivido en múltiples identidades sin poder asentarse completamente en ninguna, y que desde esa inestabilidad había llegado a conclusiones que los que habitan identidades más estables raramente pueden alcanzar.

Me encontré tomando notas con una velocidad que no practicaba desde Oxford. No porque estuviera de acuerdo con todo lo que decía, que no lo estaba, sino porque lo que decía era suficientemente preciso como para merecer el desacuerdo riguroso en lugar del desacuerdo fácil, que es la forma más alta de respeto intelectual que conozco.

Cuando terminó hubo preguntas. Levanté la mano.

—Su argumento sobre el supremacismo de la identidad es convincente en su forma general —dije, cuando el moderador me dio el turno—, pero parece omitir una distinción que me parece fundamental. No es lo mismo la

identidad que construye el opresor para justificar la opresión que la identidad que construye el oprimido para resistirla. ¿No corre el riesgo su argumento de equiparar esas dos construcciones de una manera que resulta cómoda para los que tienen el poder y problemática para los que no lo tienen?

Thomas me miró desde el estrado. No con la defensividad de quien recibe una crítica que no esperaba sino con algo más parecido al interés genuino de quien encuentra una objeción que merece respuesta real.

—Es una distinción válida —dijo—, y no pretendo omitirla sino complejizarla. La identidad de resistencia tiene una legitimidad histórica que la identidad del opresor no tiene. De acuerdo. Pero esa legitimidad histórica no la exime de las mismas patologías: puede volverse excluyente, puede reproducir jerarquías internas, puede convertirse en un fin en lugar de un medio. ¿Cuándo la identidad de resistencia deja de ser resistencia y empieza a ser simplemente otro sistema de exclusión? Esa pregunta me parece urgente aunque resulte incómoda.

—Es urgente —dije—. Pero plantearla sin el contexto de las asimetrías de poder produce un análisis que puede usarse en contra de quien resiste. La urgencia de la pregunta depende de quién la hace y desde dónde.

—De acuerdo —dijo Thomas, con una sonrisa que era pequeña y completamente genuina—. Eso es exactamente lo que me gustaría seguir discutiendo fuera de este formato.

El moderador pasó a la siguiente pregunta.

Nos encontramos en el descanso, junto a la mesa de café, con esa inevitabilidad de las cosas que ya han decidido ocurrir antes de que los involucrados lo noten. Thomas llegó a la mesa al mismo tiempo que yo, tomó un café, y dijo, sin preámbulo:

—Janice Sterling-Grant. Leí su artículo en el Journal of Postcolonial Studies sobre la memoria obliterada en la diáspora africana. El argumento sobre Joseph Adeyemi y la genealogía como forma de resistencia política me pareció uno de los más originales que he leído en años.

—Thomas Mwade —dije—. Su libro sobre identidad transnacional y políticas de reconocimiento me pareció riguroso en los primeros dos tercios y demasiado prudente en el último.

Se quedó un momento con el café a medio camino de la boca.

—¿Demasiado prudente en qué sentido?

—En el sentido de que llega exactamente hasta el borde de la conclusión más incómoda y luego da un paso atrás. El capítulo sobre el nacionalismo negro como forma de supremacismo invertido tiene el argumento pero no el valor de pronunciarlo completamente.

—¿O tiene el rigor de no pronunciarlo sin las matizaciones que requiere?

—Esa es una distinción que a veces funciona como prudencia intelectual y a veces funciona como cobertura —dije—. La diferencia está en la intención, que no puedo conocer desde afuera.

Thomas me miró durante un momento con esa expresión de los que están evaluando si lo que acaban de escuchar les resulta irritante o estimulante, y que en su caso, pude ver, estaba resolviendo hacia la segunda opción.

—Eso es lo más honesto que alguien me ha dicho sobre ese libro —dijo—. Incluida la gente que lo reseñó.

—Puede ser porque la mayoría de los que lo leyeron eran demasiado corteses para decirlo —dije—. O demasiado políticos.

—¿Y usted no es ninguna de las dos cosas?

—Soy las dos cosas cuando el contexto lo requiere —dije—. Este contexto no lo requería.

Nos quedamos en el bar después de la sesión de tarde, primero con otras personas y luego solos, con dos copas de vino que se volvieron tres y una conversación que tenía esa calidad específica de las conversaciones que uno siente que podría continuar indefinidamente sin agotarse porque cada respuesta abre tres preguntas nuevas y cada pregunta lleva a un lugar que ninguno de los dos había visitado antes exactamente de esa manera.

Hablamos de Baldwin, que los dos habíamos leído con la misma intensidad desde direcciones distintas. Hablamos de Achebe y de Fanon y de Stuart Hall y de las maneras en que el pensamiento sobre la raza y la identidad en el mundo anglófono había construido un canon que era extraordinario y que también era, en algunos de sus supuestos fundamentales, un producto de su momento histórico que requería revisión.

Hablamos de Londres, de lo que significa crecer en esta ciudad con una piel que la ciudad reconoce de maneras específicas y no siempre amables. Hablamos de Nigeria, de donde venía la familia de Thomas, de Abeokuta específicamente, que era la ciudad donde había nacido Joseph Adeyemi, lo cual produjo entre nosotros un silencio breve y significativo que ninguno de los dos convirtió en más de lo que era en ese momento aunque los dos notáramos lo que era.

—¿Por qué Abeokuta? —dije.

—Mi padre es de ahí —dijo Thomas—. Llegó a Londres en los setenta con un título de ingeniería y pasó treinta años construyendo infraestructura para el Greater London Council. Mi madre es de Hackney, jamaicana de segunda generación. Crecí en Hackney sintiéndome ni completamente nigeriano ni completamente jamaicano ni completamente inglés, que es decir sintiéndome completamente londinense, que es la única identidad que realmente contiene todas las demás sin exigirte que renuncies a ninguna.

—Eso es una definición muy generosa de Londres —dije.

—Londres es generosa cuando quiere serlo —dijo—. El problema es que no siempre quiere.

—No —dije—. No siempre quiere.

Hubo un silencio cómodo, del tipo que solo existe entre personas que ya han llegado a un entendimiento sobre algo aunque no lo hayan nombrado todavía.

—Janice —dijo Thomas, con una seriedad repentina que contrastaba con el tono de la conversación anterior—, tengo que decirle algo que puede resultar extraño en este contexto.

—Dígalo.

—La escuché hablar hace tres años en Manchester. La conferencia donde dijo que no había crecido en una comunidad negra y que eso limitaba su perspectiva de maneras importantes. —Hizo una pausa—. Ese fue el momento en que decidí que quería conocerla. No por las razones académicas, aunque esas también. Sino porque lo que dijo en esa conferencia requería un tipo de honestidad que es muy rara y que cuando aparece hay que prestarle atención.

Lo miré.

—¿Tardó tres años en actuar sobre esa decisión?

—Tardé tres años en estar en el mismo congreso al mismo tiempo —dijo—. Lo cual no es exactamente lo mismo.

—No —concedí—. No es lo mismo.

Esa noche cenamos juntos en un restaurante nigeriano en Brixton que Thomas conocía y que yo no había visitado antes, donde el jollof rice era distinto al de Amara pero igualmente contundente, y donde la conversación continuó con la misma calidad de antes pero con algo añadido que era difícil de nombrar con precisión y que no intenté nombrar porque hay cosas que se dañan cuando se nombran demasiado pronto.

Caminamos después por las calles de Brixton, que a esa hora tenían esa vida específica del sur de Londres nocturno: música que salía de algún bar, grupos de gente en las esquinas, el olor a comida y a lluvia reciente que es el olor característico de esa parte de la ciudad. Thomas caminaba con las manos en los bolsillos y yo con las mías libres y hablábamos de cosas más pequeñas que las de antes, del tipo de cosas que se hablan cuando la conversación ya ha llegado a cierto nivel de confianza y puede permitirse descender a lo cotidiano sin perder profundidad.

En la esquina de su calle se detuvo.

—Esto ha sido la mejor conversación que he tenido en mucho tiempo —dijo —. Quizás en años.

—Para mí también —dije.

—¿Mañana hay sesión de tarde —dijo—. ¿Le apetece tomar algo antes?

—Sí —dije.

No lo dije con la cautela que en retrospectiva quizás debería haber tenido. Lo dije con la simplicidad de quien responde a algo que quiere sin calcular todavía el costo de quererlo. Esa simplicidad fue, en ese momento, lo más honesto que podía hacer. Y la honestidad, como he aprendido muchas veces y a distintos precios, no siempre te protege de lo que viene después.

Pero eso era octubre, y en octubre todavía no sabía lo que vendría después.

Solo sabía que Thomas Mwade caminaba de una manera que reconocí antes de saber su nombre, que tenía un padre de Abeokuta como Joseph Adeyemi, y que la conversación que habíamos tenido esa noche era del tipo que uno lleva consigo mucho después de que la noche termina.

Eso era suficiente para octubre.

El invierno vendría después, con todo lo que el invierno trae.

CAPÍTULO 10

La grieta

Londres, la relación con Thomas en su apogeo y su fractura

Las grietas no aparecen de golpe. Eso es lo que la gente que no las ha vivido desde adentro suele no entender: que una grieta no es un evento sino un proceso, que tiene su propia cronología y su propia lógica, que empieza mucho antes del momento en que uno la ve y que cuando uno la ve ya lleva tiempo siendo lo que es. Las grietas son pacientes. Las grietas esperan.

Con Thomas la grieta tardó ocho meses en hacerse visible. Ocho meses que fueron, en muchos sentidos, los más plenos que he vivido: la clase de tiempo que uno reconoce mientras ocurre como algo que no va a repetirse exactamente en esa forma, que tiene una calidad específica de presencia y de posibilidad que solo existe cuando dos personas se encuentran en el punto exacto de su desarrollo y se reconocen en él sin reservas.

Ocho meses de conversaciones que continuaban donde habían terminado sin necesitar resúmenes, de libros que circulaban entre nosotros con notas en los márgenes que eran también una conversación, de esa intimidad física que cuando funciona bien no se separa de la intelectual sino que es otra forma de la misma cosa.

No voy a idealizar ese tiempo. Tenía sus fricciones, sus malentendidos, sus momentos en que la distancia entre nuestras historias se hacía sentir con más peso que en otros. Thomas era un hombre que había construido su identidad con más conciencia y más deliberación que la mayoría, lo cual lo hacía extraordinariamente lúcido en algunos sentidos y extraordinariamente rígido en otros.

Yo era una mujer que llevaba treinta años aprendiendo a habitar una posición que nadie había diseñado para mí, lo cual me daba una flexibilidad que a veces se confundía con falta de centro cuando en realidad era otra forma de tenerlo. Esas diferencias producían tensiones que manejábamos, la

mayoría de las veces, con la inteligencia que los dos teníamos disponible y el cuidado que los dos elegíamos poner.

La primera señal fue en diciembre, dos meses después del congreso de South Bank. Estábamos en su piso de Hackney, un sábado por la tarde, con el tipo de ociosidad doméstica que se vuelve posible cuando dos personas han llegado a cierto nivel de confianza: él leyendo en el sillón, yo en el suelo con la espalda apoyada en el sofá y un libro abierto que llevaba veinte minutos sin avanzar porque estaba más interesada en observar la manera en que la luz de la tarde cambiaba en la habitación que en lo que el libro tenía que decir.

Su hermana llamó. Thomas habló con ella durante unos diez minutos en yoruba, que yo no entiendo pero que reconozco, y cuando colgó se quedó un momento con el teléfono en la mano antes de volver al libro.

—¿Todo bien? —dije.

—Sí —dijo—. Mi sobrina acaba de comprometerse. Con un chico escocés.

Algo en su tono.

—¿Y eso es un problema? —dije.

Thomas dejó el libro.

—No es un problema —dijo—. Es una elección de ella. Yo no tengo nada que decir sobre las elecciones de los demás.

—Pero tienes algo que sentir —dije.

Me miró.

—Tengo algo que pensar —dijo, con esa distinción suya entre sentir y pensar que yo había aprendido a reconocer como la señal de que algo lo incomodaba lo suficiente como para necesitar colocarlo en la categoría más controlable—. Sobre lo que significa para la continuidad cultural. Para los hijos que vengan. Si vendrán con el idioma, con los vínculos, con la pertenencia a algo específico. O si serán de esa categoría de personas que pertenecen a todo en general y a nada en particular.

—Como yo —dije.

Hubo un silencio.

—No dije eso —dijo Thomas.

—No lo dijiste —dije—. Pero lo pensaste mientras lo decías, y los dos lo sabemos.

No respondió de inmediato. Y en ese silencio que no era exactamente negación pero tampoco era afirmación, en ese territorio intermedio donde Thomas se instalaba cuando la honestidad lo hubiera llevado a un lugar que todavía no estaba listo para habitar, ocurrió algo pequeño e irreversible: la primera fisura en la superficie de algo que hasta ese momento había parecido sólido.

No lo nombramos esa tarde. Lo dejamos pasar con la habilidad de las personas que se quieren y que han aprendido que no todos los pensamientos necesitan ser convertidos en conversaciones, que es a veces una sabiduría y a veces una forma de acumular lo que debería procesarse.

La segunda señal fue en febrero. Habíamos ido a cenar con unos amigos de Thomas, una pareja, él keniata y ella de Trinidad, que vivían en Peckham y que tenían la clase de hospitalidad generosa que hace que sus cenas duren hasta que alguien recuerda que hay trabajo al día siguiente.

Era una noche buena, de conversación amplia y comida abundante, y yo me sentí cómoda en ella de la manera en que me siento cómoda en los espacios donde la diversidad es la norma y no la excepción y donde nadie necesita explicarse.

Hacia el final de la noche, cuando el vino había bajado las guardias a ese nivel donde la gente dice lo que generalmente administra con más cuidado, Kwame, el amigo keniata, hizo una pregunta que tenía la forma de una pregunta general pero que los dos sabíamos que era una pregunta específica.

—¿Han hablado de hijos? —dijo, mirando a Thomas con la familiaridad de los amigos de toda la vida que saben que pueden ir hasta cierto límite.

Thomas tomó su copa.

—Es pronto para eso —dijo.

—No tanto —dijo Kwame—. Janice, ¿tú quieres hijos?

—Algún día, sí —dije.

—¿Y cómo te imaginas... —empezó Kwame, y luego se detuvo, como si hubiera llegado al límite que él mismo había calculado—. ¿Cómo te imaginas esa parte de tu vida?

Era una pregunta elidida. Todos en la mesa sabíamos lo que no había dicho en la parte que había cortado, que era: ¿cómo te imaginas criar hijos que serán, dado quién eres tú y quién es Thomas, de una mezcla que algunos en esta mesa tienen opiniones sobre?

Miré a Thomas.

Thomas miraba su copa.

—Me imagino que serán personas con una historia rica y complicada —dije—. Como todas las personas que merecen la pena.

Nadie dijo nada más sobre el tema esa noche. Pero en el taxi de vuelta a casa, Thomas estuvo callado durante todo el trayecto con esa manera suya de instalarse en el silencio cuando procesaba algo que le costaba procesar, y yo no pregunté porque sabía que la pregunta que habría que hacer no era para el taxi sino para una conversación que requería otro tiempo y otro espacio y quizás más valentía de la que ninguno de los dos tenía disponible en ese momento.

Esa conversación llegó en abril.

Fue una noche entre semana, sin ocasión especial, de las que a veces producen las conversaciones más importantes precisamente porque no hay nada que las enmarque ni las justifique, solo dos personas en una cocina con los restos de la cena sobre la mesa y la honestidad que a veces llega cuando uno está suficientemente cansado para no poder sostener las defensas habituales.

Thomas estaba lavando los platos, yo estaba sentada en la encimera con una copa de vino, y hubo un momento en que el silencio entre nosotros adquirió esa densidad específica que no es comodidad sino su contrario, que es la presencia de algo que necesita ser dicho y que todavía no ha encontrado cómo salir.

—Thomas —dije.

—Sí.

—Hay algo que llevamos meses no diciendo.

Siguió con los platos durante un momento. Luego los dejó, se secó las manos con el paño de cocina, y se apoyó en el fregadero mirándome.

—Sí —dijo.

—Necesito que lo digas tú —dije—. No porque no pueda decirlo yo. Sino porque necesito saber si puedes decirlo.

Entendió lo que le estaba pidiendo. Thomas era un hombre suficientemente inteligente para entender siempre lo que le estaba pidiendo, que era parte de lo que hacía las cosas más difíciles y no más fáciles.

Tardó un tiempo en hablar. No porque estuviera construyendo el argumento sino porque estaba haciendo algo más difícil, que era siendo honesto consigo mismo antes de serlo conmigo, y eso en un hombre como Thomas requería un esfuerzo que yo podía ver en la tensión de su cara y en la manera en que sus manos sostenían el paño de cocina sin necesidad de sostenerlo.

—Tengo miedo —dijo al fin.

—¿De qué?

—De los hijos —dijo—. De lo que serán. De lo que no serán. —Hizo una pausa —. Llevo toda mi vida construyendo algo. Una identidad, una continuidad, una pertenencia a algo que tiene una historia y una forma específica. Mi padre lo construyó también. Y su padre antes. Y antes de eso hubo personas que no pudieron construirlo porque el mundo no les dio las herramientas. — Su voz tenía una textura que no le había escuchado antes, algo entre la vulnerabilidad y la convicción que son difíciles de sostener juntas—. Si tenemos hijos, esos hijos tendrán una madre cuyos padres son blancos. Cuyos abuelos son blancos. Cuya historia familiar, por más que la hayas reescrito y la hayas reivindicado, incluye generaciones de gente que vivió del lado del que tiene el poder. Y yo no sé cómo... no sé cómo esos hijos sabrán quiénes son. De qué lado son. A qué pertenecen.

Le escuché sin interrumpir. Era un discurso que reconocía porque lo había escuchado en distintas versiones en distintos contextos, el argumento de la pureza identitaria como protección cultural, el miedo a la dilución como forma de pérdida. Lo había analizado académicamente. Lo había debatido en conferencias. Lo había refutado con argumentos que seguían pareciéndome correctos.

Y sin embargo.

Y sin embargo escucharlo de Thomas, con esa voz específica de un hombre que lo estaba diciendo porque lo sentía y no porque lo hubiera decidido intelectualmente, con esa mezcla de vergüenza y de convicción que revelaba que él mismo sabía que estaba en un territorio contradictorio pero que no podía salir de él simplemente por saberlo, escucharlo así me produjo algo que no era exactamente lo que había sentido cuando Caroline Ashford me excluía de sus reuniones ni lo que sentía cuando leía los artículos con las notas de mi padre en el margen.

Era más parecido a la tristeza que produce reconocer un patrón en alguien a quien amas.

—Thomas —dije, cuando terminó—, lo que acabas de describir es exactamente lo mismo que sintió mi padre cuando nací. El mismo miedo. La misma necesidad de proteger algo que cree que puede perder. La misma incapacidad de ver a la persona específica que tiene delante porque está demasiado ocupado viendo lo que esa persona representa para la narrativa que lleva en la cabeza.

Thomas me miró.

—No es lo mismo —dijo.

—No es idéntico —concedí—. El contexto histórico es distinto, las asimetrías de poder son distintas, las razones son distintas. Pero el mecanismo es el mismo. Y el resultado para la persona que está del otro lado también es el mismo.

—Janice...

—No te estoy acusando —dije—. Te estoy describiendo. Y te estoy diciendo que reconozco lo que describes porque lo he vivido desde el otro lado, solo que en esa versión era mi padre el que tenía el miedo y yo la que lo recibía. —Me bajé de la encimera—. La pregunta no es si el miedo es comprensible. Es comprensible. La pregunta es qué haces con él.

Nos quedamos en silencio durante un tiempo que no sé cuantificar. La cocina tenía ese aspecto de los espacios donde acaba de ocurrir algo que los ha cambiado aunque no haya cambiado nada visible, los mismos platos, la misma copa de vino, la misma luz fría del techo.

—No sé lo que hago con él —dijo Thomas al fin, y en esa admisión había una honestidad que le reconocí aunque me doliera, porque era la honestidad de alguien que ha llegado al límite de lo que puede resolver por voluntad y que sabe que está ahí.

—Yo tampoco —dije—. Pero necesito que lo intentes. No que lo resuelvas esta noche. Que lo intentes.

—Lo estoy intentando —dijo.

—Lo sé —dije.

Esa noche dormimos en la misma cama y la distancia entre nosotros era de la misma centímetros de siempre y era también inconmensurablemente mayor que la noche anterior, que es cómo funciona la distancia cuando no es física sino de otro tipo.

Los meses siguientes fueron el período más difícil y más honesto de nuestra relación. Thomas trabajó, con la seriedad con que hacía todo, en examinar de dónde venía su miedo y qué había debajo de él. Leímos juntos cosas que ninguno de los dos habría elegido solo: él leyó sobre la historia de la mezcla racial en el Imperio Británico con una atención que le vi costar; yo leí sobre el nacionalismo cultural africano con la voluntad de entender antes de refutar.

Tuvimos conversaciones que eran dolorosas de la manera específica en que son dolorosas las conversaciones que importan, que es distinto al dolor de las peleas y más difícil de sostener porque no tiene la descarga catártica de la rabia.

Hubo momentos en que pensé que lo estábamos logrando. Momentos en que Thomas decía algo que revelaba que había llegado a un lugar nuevo, más amplio, menos determinado por el miedo. Momentos en que me miraba de una manera que no tenía ninguna de las reservas que yo había aprendido a detectar y que era simplemente él mirándome a mí, sin el filtro de lo que yo representaba para su narrativa.

Y luego había otros momentos.

Una conversación con su padre, que vino de visita en junio y que era un hombre admirable en muchos sentidos y que tenía sobre la mezcla racial unas opiniones que expresaba con la franqueza directa de quien no ha aprendido a empaquetar sus convicciones en lenguaje políticamente calibrado.

Una reunión con colegas de la universidad donde alguien hizo un comentario sobre la erosión de las identidades colectivas y Thomas no lo contradijo con la firmeza que habría tenido antes de abril.

Una noche en que desperté a las tres de la mañana y lo encontré sentado en el sillón de la sala con la luz apagada y cuando le pregunté qué ocurría dijo que no podía dormir y cuando le pregunté en qué pensaba dijo en nada, que era la respuesta de los que piensan en algo que todavía no pueden decir.

No llegamos a una conclusión en esos meses. Llegamos a algo más parecido a un plateau, un territorio donde la conversación seguía ocurriendo pero ya no avanzaba, donde Thomas seguía intentando pero el intento producía cada vez menos desplazamiento, como si hubiera llegado al límite de lo que podía

mover con la fuerza de voluntad que tenía disponible y hubiera algo más profundo, más viejo, más arraigado en él que la voluntad sola no alcanzaba.

Lo reconocí porque lo había visto antes.

Era la misma expresión que mi padre había tenido durante años: el esfuerzo visible de un hombre que intenta acomodar una realidad nueva en un esquema que construyó demasiado rígido para contenerla.

La diferencia era que mi padre había tardado décadas en llegar al otro lado, y que yo no tenía décadas, y que además, y esto era lo más difícil de admitir, no estaba segura de que el otro lado existiera para Thomas de la misma manera que había existido para mi padre.

Porque mi padre amaba a su hija y ese amor era, al final, más poderoso que el miedo. Y Thomas me amaba a mí, de eso no dudaba. Pero el miedo de Thomas no era solo sobre mí. Era sobre los hijos que no teníamos todavía. Era sobre el futuro, que es el territorio donde el miedo tiene más facilidad para instalarse porque no hay nada concreto que lo contradiga.

Y los hijos que no existen son más difíciles de amar que la persona que tienes delante.

Eso lo aprendí ese verano, en una cocina en Hackney, con los platos lavados y la copa de vino vacía y el hombre al que amaba mirando un punto en la pared que no era exactamente nada pero que para él contenía todo lo que todavía no había podido resolver.

La grieta siguió ahí.

Paciente.

Esperando.

CAPÍTULO 11

La herencia de Edward

Hertfordshire, tiempo presente / pasado entrelazado

Mi padre me llamó un martes de septiembre, tres años después de la noche de la cocina en Hackney, en el momento en que Thomas y yo llevábamos ya varios meses en ese territorio de la relación donde los dos sabemos lo que ocurre pero ninguno ha dicho todavía la palabra que lo confirma.

Era por la mañana temprano, antes de que yo hubiera terminado el café, y la voz de mi padre tenía una textura que no le había escuchado antes o que quizás sí le había escuchado pero que nunca había querido nombrar porque nombrarla requería admitir que el tiempo avanzaba de maneras que preferíamos no calcular.

—Janice —dijo—. ¿Puedes venir este fin de semana?

—¿Qué ocurre?

Una pausa.

—Quiero hablar contigo —dijo—. De algunas cosas. Tu madre estará, pero quiero que vengas tú también.

—Papá, ¿estás bien?

—Estoy bien —dijo—. Estoy viejo, que no es lo mismo aunque a veces se parezca. Ven el sábado.

Fui el sábado.

La casa de Hertfordshire tenía en septiembre una luz diferente a la de otras épocas del año, más horizontal y más dorada, que hacía que todo pareciera ligeramente más permanente de lo que era, como si la luz de septiembre fuera un intento del año de preservar lo que está a punto de cambiar.

Mi padre estaba en el jardín cuando llegué, sentado en la silla de madera que mi madre había puesto junto a la lavanda porque decía que el olor le ayudaba a dormir, y cuando lo vi desde la puerta de la cocina antes de que él me viera a mí, tuve uno de esos momentos de percepción lateral en que uno ve a las personas como son en lugar de como uno las recuerda, y lo que vi fue un hombre de setenta y ocho años con el pelo completamente blanco y las manos sobre las rodillas y una quietud que era diferente a su quietud habitual, que era la quietud del control, y que era más parecida a algo que no quise nombrar todavía.

—Papá —dije, saliendo al jardín.

Se giró. Sonrió, que era un gesto que en mi padre siempre había requerido cierto esfuerzo y que con los años había ido volviéndose más natural, como si hubiera practicado lo suficiente como para que ya no le costara.

—Llegaste —dijo.

—Llegué.

Me senté en la silla junto a la suya. Mi madre trajo té sin que nadie se lo pidiera, dejó la bandeja sobre la mesita de jardín, y dijo:

—Voy a leer adentro un rato.

Era su manera de dejarnos solos, que era también una de las cosas que mi madre hacía mejor: retirarse en el momento exacto en que su presencia dejaba de ser necesaria y su ausencia empezaba a serlo.

Nos quedamos en silencio durante un momento, los dos mirando el jardín que mi madre había trabajado durante décadas con esa constancia suya de quien sabe que las cosas que valen requieren atención continuada. Los rosales estaban en su último florecimiento del año. La lavanda olía a lo que olía la lavanda en septiembre, que es algo difícil de describir excepto diciendo que huele a despedida sin ser triste.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste aquí? —dijo mi padre.

—Navidad pasada —dije.

—Nueve meses —dijo, con la precisión de los que llevan la cuenta de las ausencias sin parecer que la llevan.

—He estado viajando mucho —dije.

—Lo sé —dijo—. Lo he seguido. Los artículos, las conferencias. Tu madre me los enseña. —Una pausa—. Aunque últimamente también los busco yo.

Lo miré.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace un tiempo —dijo, con esa evasión suya de los detalles temporales que siempre había usado para no revelar cuánto de algo había ocurrido antes de que él estuviera listo para admitirlo—. Desde que me jubilé, quizás. Hay más tiempo para pensar cuando no tienes la excusa del trabajo.

—¿Y qué piensas?

Mi padre miró la lavanda durante un momento.

—Pienso que me equivoqué en muchas cosas —dijo—. No en todo. Pero en muchas cosas importantes. —Su voz era tranquila, del tipo de calma que se consigue cuando uno ha procesado algo durante suficiente tiempo como para poder decirlo sin que el decirlo lo desborde—. Sobre la raza. Sobre lo que significa pertenecer a este país. Sobre lo que debería haber significado tenerte a ti.

—Papá —empecé.

—Déjame terminar —dijo, con suavidad pero con firmeza—. No te estoy pidiendo que me absuelvas. No es para eso. Es que hay cosas que he necesitado decirte durante años y que fui postergando porque me resultaba más cómodo postergarlo, y a estas alturas ya no tengo el lujo de seguir posponiendo las cosas que importan.

Algo en esas palabras me detuvo. No su contenido, que era el de una conversación que llevábamos años teniendo en distintos formatos. Era el tono. La urgencia específica de alguien que ha calculado el tiempo que le queda y ha decidido que ciertos gastos ya no son diferibles.

—¿Estás enfermo? —dije.

Una pausa demasiado larga.

—Hay algo —dijo al fin—. El corazón. No es inminente, según el médico. Pero es lo que es.

Me quedé con la taza de té en la mano sin beberla.

—¿Cuánto tiempo llevas sabiéndolo?

—Tres meses —dijo.

—Tres meses —repetí.

—Quería tenerlo claro antes de decírtelo. Antes de decírselo a nadie. Tu madre lo sabe desde el principio, claro.

—Por supuesto que lo sabe.

—Janice.

—Estoy bien —dije, que no era exactamente verdad pero que era lo que podía decir en ese momento—. Estoy bien. Sigue.

Mi padre asintió. Se tomó un momento, como si estuviera ordenando algo.

—Cuando naciste —dijo—, tomé decisiones que no fueron las correctas. Ya hablamos de eso una vez, la noche antes de que fueras a Oxford. Pero entonces yo era un hombre que todavía tenía décadas por delante y que podía permitirse el lujo de pensar que había tiempo para hacer las cosas mejor. Ahora no tengo ese lujo y quiero ser más preciso.

—No tienes que...

—Sí tengo —dijo, con una firmeza que reconocí como la misma que había tenido siempre pero que ahora estaba al servicio de algo diferente—. Quiero que sepas que el problema nunca fue lo que yo creía que era el problema. No era tu color. O no era solo eso. Era que tu color hacía visible algo que yo tenía muy profundamente enterrado: la posibilidad de que el mundo en el que yo creía, el orden en el que yo confiaba, las categorías con las que yo organizaba la realidad, podían estar equivocados. Y eso me aterraba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Lo escuché. Afuera un pájaro hacía algo en los rosales. La luz de septiembre seguía siendo la misma luz oblicua y dorada de antes.

—¿Y ahora? —dije.

—Ahora sé que estaban equivocados —dijo—. Completamente. No en todo, pero en lo que más importaba, sí. Y sé que esa equivocación te costó cosas que no debería haberte costado. Una infancia donde tu padre tardó demasiado en estar presente de verdad. Años en que cargaste con la contradicción de ser mía sin que yo supiera del todo qué significaba eso. — Una pausa—. Lo lamento, Janice. No como un trámite. Lo lamento de verdad, con la especificidad de alguien que sabe exactamente qué lamenta y por qué.

Me tomé un momento antes de responder, no porque necesitara calcular la respuesta sino porque la respuesta requería que yo también fuera precisa.

—Te escucho —dije—. Y lo recibo. —Puse la taza sobre la mesita—. Lo que quiero que sepas es que no llegué a donde estoy a pesar de ti sino también a través de ti. No solo a pesar de tus errores sino también a través de ellos. Aprenderé qué hacer con un padre que no sabía amarme bien me enseñó cosas sobre el amor y el miedo y la distancia que no habría aprendido de otra manera. Eso no absuelve nada. Pero es verdad.

Mi padre me miró.

En su cara ocurrió algo que reconocí como la expresión de un hombre que acaba de recibir más de lo que esperaba recibir, más generosidad de la que había calculado que merecía, y que no sabe exactamente cómo manejar ese exceso sin desperdiciarlo.

—Eres mejor persona que yo —dijo.

—Soy una persona diferente —dije—. Con una historia diferente. No es una competencia.

Nos quedamos en silencio un rato más, los dos con el té que se enfriaba y el jardín de septiembre delante y esa sensación específica de las conversaciones que han llegado a un lugar donde las palabras ya no añaden sino que restan, donde lo mejor que pueden hacer los dos interlocutores es quedarse quietos con lo que acaba de ocurrir y dejarlo asentarse.

—Hay algo más que quiero decirte —dijo mi padre al fin.

—Dilo.

—Tu madre me ha contado algo. Sobre Thomas.

No respondí de inmediato.

—No mucho —dijo—. Solo que hay algo que no está bien. Que llevas un tiempo cargando algo. —Me miró—. No te voy a pedir que me lo cuentes si no quieres. Pero quiero que sepas que si hay algo en lo que pueda ayudar, aunque sea escuchar, aunque sea solo estar presente, lo haré. Aunque lleve treinta años aprendiendo a hacer eso y todavía no lo haga del todo bien.

Lo miré.

En su cara no había la incomodidad que durante años había acompañado cualquier acercamiento suyo hacia mí. Había algo más parecido a la quietud de alguien que ha dejado de resistirse a algo y que en ese dejar de resistir ha encontrado una especie de paz que no es felicidad pero que tampoco es resignación. Era algo más verdadero que las dos.

—Thomas tiene miedo —dije—. Del mismo tipo de miedo que tenías tú cuando nací. Solo que en su caso el miedo es sobre los hijos que podríamos tener.

Mi padre procesó esto durante un momento.

—¿Y tú? —dijo.

—Yo estoy esperando a ver si puede con el miedo o si el miedo puede con él —dije—. Que es lo mismo que hizo mamá contigo. Solo que mamá tenía ya una hija y eso cambia el cálculo.

—¿Y si no puede? —dijo mi padre, con esa honestidad directa que había ido desarrollando con los años y que yo apreciaba precisamente porque no la había tenido siempre.

—Entonces no puede —dije—. Y eso será lo que sea.

—¿Lo amarás de todas formas?

La pregunta me sorprendió. No por su contenido sino por quién la hacía, que era un hombre que durante la mayor parte de mi vida había demostrado una capacidad limitada para los registros emocionales directos y que ahora me hacía una pregunta sobre el amor con la naturalidad de quien ha aprendido que las preguntas directas son más eficientes que las indirectas.

—Sí —dije—. Lo amaré de todas formas. Pero el amor no siempre es suficiente. Eso también lo sé.

Mi padre asintió despacio.

—Lo sé —dijo—. Lo aprendí tarde. Pero lo sé.

Nos quedamos en el jardín hasta que el frío de la tarde empezó a hacerse sentir y mi madre salió con una rebeca para mi padre y el gesto tranquilo de quien conoce los límites del cuerpo de otro mejor que ese otro. Me quedé a cenar.

Hablamos de cosas más pequeñas, de los rosales y de una novela que mi padre estaba leyendo y de un programa de radio que mi madre seguía con fidelidad de conversa. La conversación importante ya había ocurrido y lo que quedaba era el territorio más cómodo de las personas que han dicho lo que necesitaban decirse y que pueden permitirse ahora el lujo de hablar de otras cosas.

Antes de irme, en la puerta, mi padre me abrazó.

No fue un abrazo torpe como el de Oxford. Fue el abrazo de un hombre que ha practicado el gesto lo suficiente como para que ya no le cueste, aunque todavía se note que lo piensa antes de hacerlo, que quizás siempre se notará y que quizás eso también está bien.

—Ven más seguido —dijo.

—Vendré —dije.

Conduje de vuelta a Londres en la oscuridad creciente del principio del otoño, con la autopista delante y los faros de los otros coches y ese estado específico de la mente que se produce después de las conversaciones que importan, que es algo entre el agotamiento y la claridad, entre el peso de lo que acaba de ocurrir y la extraña ligereza que produce haber dicho la verdad.

Mi padre murió seis semanas después.

Un martes por la mañana, que es el mismo día de la semana en que yo nací, lo cual es el tipo de coincidencia que uno registra y no sabe qué hacer con ella excepto registrarla. El corazón, como había dicho el médico que sería. Sin sufrimiento, según mi madre, que estaba con él. En la cama de la casa de Hertfordshire, con la lavanda afuera y los rosales en su último florecimiento del año.

Yo llegué dos horas después.

Mi madre me esperaba en la cocina con el té ya hecho, que era su manera de decir que la vida continuaba aunque costara y que la vida continuando no significaba que no dolía, solo que se continuaba de todas formas. Me senté frente a ella. Las dos estuvimos calladas durante un tiempo.

—¿Cómo estás? —le pregunté al fin.

—Triste —dijo—. Y también… no sé cómo decirlo exactamente. También agradecida. Porque llegó al final siendo quien quería ser. No quien fue siempre. Quien quería ser. Y eso es más de lo que mucha gente puede decir.

—Sí —dije.

—Hablaron bien el sábado —dijo mi madre—. Me lo dijo él. No los detalles, solo que habían hablado bien.

—Hablamos bien —dije.

Mi madre asintió. Luego dijo, con esa precisión suya de cuando quiere que algo quede registrado:

—Murió siendo tu padre. No el padre que debería haber sido desde el principio. Pero tu padre al final. Eso también cuenta.

—Sí —dije—. También cuenta.

Fui al jardín después, sola, y me quedé junto a la lavanda durante un tiempo que no medí. El olor era el mismo de siempre. Los rosales tenían sus últimas flores del año, como había tenido las semanas antes cuando mi padre las miraba desde su silla con esa quietud que yo había leído mal y que era, ahora lo entendía, la quietud de alguien que se está despidiendo de las cosas con la calma de quien ha hecho las paces con el tiempo que le quedaba.

Edward Sterling-Grant.

Mi padre.

El hombre que tardó treinta años en llegar a donde debería haber estado desde el principio, y que llegó.

Eso también cuenta.

Eso también, irreversiblemente, cuenta.

CAPÍTULO 12

El color de la sangre

Londres y presente internacional, Janice hoy

Hay una manera de terminar las cosas que no es exactamente una decisión sino el reconocimiento de algo que ya terminó, que ya ocurrió sin que nadie lo declarara formalmente, y que solo espera que uno tenga el valor o la claridad o simplemente el agotamiento suficiente como para nombrarlo.

Así terminamos Thomas y yo. No con una pelea ni con una traición ni con uno de esos momentos dramáticos que la gente usa para justificar los finales porque los finales sin drama parecen insuficientes para todo lo que los precede. Terminó en una tarde de noviembre, tres meses después de que enterramos a mi padre, con el mismo tipo de quietud con que terminan las cosas que han llegado a su forma final.

Habíamos quedado en su piso de Hackney. Era un sábado, por la tarde, y Londres afuera tenía ese aspecto de noviembre que no es hostil pero que

tampoco invita a nada, un cielo bajo y uniforme que neutraliza los colores y hace que todo parezca provisional. Subí las escaleras con la llave que todavía tenía porque ninguno de los dos había tenido la conversación sobre la llave, que era también una señal de lo que éramos en ese momento: dos personas que se querían y que no habían encontrado todavía la forma de decirse que el querer solo ya no alcanzaba.

Thomas estaba en la cocina cuando entré. Hacía té, que en él era siempre un gesto de normalidad cuando la normalidad estaba bajo presión. Me miró cuando entré y en su mirada había algo que reconocí como la misma expresión que había visto en el jardín de Hertfordshire semanas antes, esa quietud de alguien que ha llegado al final de un proceso interno y que sabe lo que ese final significa aunque todavía no lo haya dicho en voz alta.

—Hola —dije.

—Hola —dijo.

Nos sentamos a la mesa de la cocina, que era donde teníamos las conversaciones importantes porque las cocinas tienen esa propiedad de hacer que las conversaciones sean más honestas, quizás porque están asociadas a lo cotidiano y lo cotidiano no admite tanto la performance como los espacios más formales. El té entre los dos. La tarde afuera. El silencio que no era incómodo sino del tipo que existe cuando dos personas saben lo que viene y lo están dejando llegar a su propio ritmo.

Fue Thomas quien habló primero.

—He estado pensando —dijo.

—Lo sé —dije.

—Mucho.

—Lo sé también.

Una pausa.

—No he llegado a donde necesitaría llegar —dijo, y lo dijo con una honestidad que le reconocí porque era la misma honestidad que había tenido siempre sobre sus propias limitaciones, que era una de las cosas que más había valorado en él y que ahora estaba siendo usada para decirme algo que no quería escuchar—. Lo he intentado. Sabes que lo he intentado.

—Lo sé —dije.

—Pero hay algo en mí que no se mueve del todo. Que resiste. Y no es que no te quiera, Janice. No es que no sepa lo que eres ni lo que significa lo que tenemos. Es que hay algo más viejo y más profundo que el querer, algo que tiene que ver con lo que soy y con lo que quiero ser y con lo que quiero que sean las personas que vengan después de mí, y ese algo no he conseguido resolverlo de la manera que necesitaría para poder darte lo que mereces.

Lo escuché hasta el final.

Afuera empezó a llover, con esa llovizna fina de noviembre que no hace ruido pero que lo cubre todo.

—¿Sabes lo que acabas de describir? —dije.

—Sí —dijo—. Lo sé.

—¿Y aun así?

—Aun así —dijo, y en esas dos palabras había una tristeza y una firmeza que no se excluían sino que coexistían, que es como coexisten las cosas cuando son verdaderas en lugar de convenientes.

Me quedé con la taza de té entre las manos, caliente, y pensé en la cocina de otra casa, en otro noviembre, cuarenta años antes, cuando una recién nacida dormía en su cunita y un hombre se fue por la puerta sin tocarla. Pensé en que ese hombre había tardado treinta años en llegar al otro lado de su miedo. Pensé en que yo no tenía treinta años. Pensé en que incluso si los tuviera, la pregunta no era si Thomas llegaría al otro lado sino si llegaría con lo que él necesitaba que llegara, y que esa pregunta no tenía respuesta disponible en ningún libro ni en ninguna conferencia ni en ningún argumento intelectual por más riguroso que fuera.

—Thomas —dije.

—Sí.

—Quiero que sepas algo antes de que terminemos esta conversación.

Me miró.

—Lo que sientes no es malo —dije—. No eres una mala persona por sentirlo. El miedo a perder lo que eres, a que tus hijos no lleven adentro lo que tú llevas, es un miedo comprensible que tiene raíces en una historia real de pérdida y de borrado. No te voy a decir que está equivocado en su origen. —Hice una pausa—. Lo que sí te digo es que ese miedo, aplicado de la manera en que lo estás aplicando, hace exactamente lo que dice temer: borra a una persona. Me borra a mí. No mi piel ni mi historia visible sino lo más específico de lo que soy, que es la persona que está sentada frente a ti en esta cocina y que te quiere y que tiene también una historia y también un derecho a existir sin ser reducida a lo que representa para la narrativa de nadie.

Thomas no habló.

En su cara había algo que no era remordimiento exactamente, porque el remordimiento implica que la decisión podría haberse tomado de otra manera, sino algo más parecido al dolor limpio de quien ve claramente lo que está haciendo y no puede dejar de hacerlo porque no hacerlo requeriría ser alguien diferente a quien es.

—Lo sé —dijo al fin—. Y lo lamento. Más de lo que puedo decir con palabras que no suenen insuficientes.

—Las palabras siempre son insuficientes para esto —dije—. No te las reprocho.

Me puse de pie. Tomé el bolso del respaldo de la silla. Puse la llave sobre la mesa, entre los dos, con el gesto deliberado de quien sabe que el gesto importa tanto como las palabras y que a veces importa más.

Thomas miró la llave.

—¿Podemos...? —empezó.

—No —dije, con suavidad—. No todavía. Quizás nunca. No lo sé aún. Pero ahora mismo no.

Asintió.

En la puerta me detuve un momento, sin girarme.

—Thomas.

—Sí.

—El argumento del último capítulo de tu libro. El que no tuviste el valor de pronunciar completamente. —Una pausa—. Pronúncialo. Aunque te cueste. El mundo lo necesita aunque tú todavía no puedas vivir de acuerdo con él.

No esperé la respuesta. Bajé las escaleras y salí a la llovizna de noviembre, que me recibió con esa indiferencia característica de la lluvia para con los dramas humanos, y caminé durante un rato sin dirección particular, que era algo que yo tampoco solía hacer y que esa tarde hice porque necesitaba que el cuerpo se moviera mientras la mente procesaba lo que acababa de ocurrir.

Amara me llamó esa noche, como si tuviera el radar específico de las amigas que llevan décadas en este trabajo.

—¿Cómo estás? —dijo.

—Estoy —dije, que era la respuesta más honesta que tenía disponible.

—¿Terminó?

—Terminó.

Un silencio breve.

—¿Quieres que vaya?

—No esta noche —dije—. Esta noche necesito estar sola con esto. Mañana sí.

—Mañana estoy ahí —dijo—. Con jollof rice y sin preguntas que no quieras responder.

—Con alguna pregunta —dije.

—Con las justas —dijo.

Colgué. Me quedé en el sillón de mi piso, con la lluvia afuera y el silencio adentro, y estuve un tiempo sin hacer nada, sin leer ni escuchar música ni hacer ninguna de las cosas que la gente hace para no estar con lo que tiene, simplemente estando con lo que tenía, que era bastante y que requería el espacio que requieren las cosas cuando uno ha dejado de evitarlas.

Pensé en mi padre. En la tarde en Hertfordshire con la lavanda y los rosales y su voz diciéndome que había llegado al final siendo quien quería ser. Pensé en que Thomas y mi padre habían tenido el mismo miedo y que el miedo los

había llevado a lugares distintos: mi padre eventualmente al otro lado, Thomas todavía en el territorio del intento sin resolución. Pensé en que esa diferencia no hacía a Thomas peor persona que mi padre sino simplemente una persona diferente en un momento diferente de un recorrido que quizás siguiera ocurriendo o quizás no.

Pensé en Joseph Adeyemi, en Abeokuta, en el hombre que había llegado a Londres en 1906 con un plan que la vida deshizo y que había dejado en el mundo una hija que sus propios descendientes prefirieron no recordar hasta que yo los obligué a recordarla.

Pensé en que su ciudad era también la ciudad del padre de Thomas, en que esa coincidencia no era significativa en ningún sentido que pudiera probarse pero que yo la llevaba conmigo como se llevan las cosas que no se entienden pero que se sienten verdaderas.

Pensé en Catherine, mi madre, que había tomado la decisión de no tener miedo la tarde en que nací y que la había sostenido durante cuarenta años con la consistencia callada de quien sabe que las decisiones importantes no se toman una vez sino todos los días.

Pensé en Amara, que mañana vendría con jollof rice y las preguntas justas, que era la forma específica de amor que ella tenía y que yo necesitaba.

Y pensé en mí. En quién era después de todo esto. En si la luchadora y la mujer, que en el Capítulo VIII había prometido que eran la misma persona aunque en orden distinto, eran todavía la misma persona o si algo en el proceso de los últimos años las había separado de una manera que requería atención.

No llegué a una conclusión esa noche. No era una noche para conclusiones.

Era una noche para estar con las preguntas y dejarlas que pesaran lo que pesaban sin apresurarse a aligerar ese peso con respuestas que todavía no tenían la forma correcta.

Las semanas que siguieron fueron del tipo que no hacen ruido pero que hacen trabajo. Viajé. Hablé en tres conferencias en tres países distintos sobre la segregación racial en Europa, sobre las políticas de identidad y sus límites, sobre la diferencia entre el argumento intelectual y la vida que uno consigue o no consigue vivir de acuerdo con ese argumento.

Hablé, como siempre, con la voz que había construido durante veinte años de práctica y de error y de corrección, con la precisión que se gana cuando uno ha dicho las mismas cosas suficientes veces como para saber cuáles funcionan y cuáles no y por qué.

Y en algún punto de ese recorrido, en un aeropuerto que no recuerdo con claridad o en un hotel con ventanas que daban a una ciudad que no importa, empecé a escribir esto.

No como un informe ni como un manifiesto ni como un ejercicio de terapia autobiográfica, aunque tiene elementos de las tres cosas. Lo escribí porque había llegado a un punto en que la única forma de entender lo que había

vivido era contarlo, y porque contar las cosas con la precisión que merecen es la única forma de honestidad que conozco que resiste el tiempo y la distancia y la tentación de simplificar lo que es complicado para que resulte más tolerable.

Mi padre tenía miedo de lo que yo representaba y aprendió a quererme de todas formas.

Thomas tenía miedo de lo que nuestros hijos representarían y no pudo, todavía no puede, quizás nunca pueda, llegar al otro lado de ese miedo.

Mi bisabuelo Joseph Adeyemi llegó a Londres con un plan y una historia que su propia familia prefirió no contar, y su sangre viajó a través de cuatro generaciones de silencio para llegar a mí y hacer visible, de la manera más literal posible, lo que todos habrían preferido que permaneciera invisible.

Y yo estoy aquí.

Negra, hija de padres blancos, nieta de abuelos blancos, bisnieta de Joseph Adeyemi de Abeokuta que llegó a Stepney en 1906 con una beca metodista y cambió sin saberlo todo lo que vendría después.

Estoy aquí y sigo en pie, que no es lo mismo que estar bien pero es, en ciertos momentos, suficiente.

Mañana hay otra conferencia. Otro aeropuerto. Otra sala llena de gente que quiere escuchar o que necesita escuchar o que viene a confirmar lo que ya piensa, que son tres audiencias distintas que requieren tres versiones del mismo argumento, y yo haré lo que he hecho siempre: encontrar el punto donde las tres versiones se tocan y hablar desde ahí.

Porque el argumento sigue siendo necesario.

Porque la segregación racial en el Reino Unido, y en Europa, y en el mundo, sigue existiendo con suficiente creatividad y suficiente resiliencia como para adaptarse a cualquier forma que intente combatirla.

Porque Joseph Adeyemi fue borrado de su propia historia familiar y yo no voy a permitir que eso se repita si puedo evitarlo, ni con él ni con nadie que se le parezca ni con ninguna de las historias que el miedo de los poderosos prefiere que no se cuenten.

Y porque, al final de todo, esto es lo que sé hacer.

Contar.

Nombrar.

Seguir.

EPÍLOGO

Lo que la sangre no resuelve

Tiempo presente, voz directa al lector

Regreso al principio.

No porque el círculo se cierre, que los círculos que cierran demasiado limpiamente mienten sobre la naturaleza de las cosas, sino porque hay preguntas que solo pueden formularse con precisión después de haberlas vivido, y yo las he vivido, y ahora las tengo en una forma que antes no tenían. No son respuestas. Son preguntas mejores. Eso es lo máximo a lo que puede aspirar alguien que ha dedicado su vida a pensar sobre un problema que lleva siglos resistiendo el pensamiento.

Les conté la historia desde el principio porque era la única manera de llegar aquí con honestidad. No podía estar de pie en este foro, o en este libro, o en cualquier lugar donde alguien me escuche, y hablar sobre la segregación racial en el Reino Unido como si fuera un asunto que observo desde afuera. Soy el asunto. Mi cuerpo es el argumento más concreto que tengo, y ese argumento tiene una historia, y la historia tiene nombres, y los nombres tienen sangre, y la sangre viaja a través del tiempo con una obstinación que no pide permiso ni ofrece explicaciones.

Joseph Adeyemi.

Eleanor Alderton.

Edward Sterling-Grant.

Catherine Aldrich de Sterling-Grant.

Janice Sterling-Grant.

Cinco generaciones de una historia que nadie eligió del todo y que todos tuvieron que cargar de alguna manera. Cinco versiones distintas de la misma pregunta: ¿qué hacemos con lo que somos cuando lo que somos resulta ser un problema para alguien?

Mi bisabuelo fue borrado. Mi padre tuvo miedo. Mi madre no lo tuvo. Yo lo heredé todo: el borrado y el miedo y la ausencia de miedo, en proporciones que no elegí y que sin embargo son las que tengo.

Y Thomas.

Thomas que es inteligente y generoso y valiente en casi todos los sentidos del término y que tiene un miedo específico que todavía no ha podido vencer, que es el miedo de perder en sus hijos algo que considera irreemplazable. Thomas que sabe mejor que nadie que ese miedo reproduce exactamente la lógica que dice combatir. Thomas que lo sabe y que aun así no puede. Todavía. Quizás nunca.

¿Qué hacemos con eso?

Esa es la pregunta que me interesa. No la pregunta retórica de los discursos donde la respuesta está implícita en la formulación. La pregunta real, la que no tiene respuesta disponible, la que hay que sostener con toda su incomodidad y todo su peso sin la tentación de resolverla antes de tiempo con una conclusión que nos haga sentir mejor.

Porque la segregación racial no es un problema de ignorancia. Ya lo dije al principio y lo repito ahora porque al principio lo sabía intelectualmente y

ahora lo sé de otra manera, con el cuerpo, con la historia específica de haber amado a un hombre que lo sabía todo y que aun así. La ignorancia se cura con información. El miedo, el miedo real, el que viene de generaciones de dolor y de pérdida y de borrado, ese miedo no se cura con un argumento, por riguroso que sea. Se cura, si es que se cura, con algo que los argumentos no pueden producir solos.

¿Con qué, entonces?

Con tiempo. Con el tipo de tiempo que no se mide en años sino en generaciones, que es el tiempo que tardó mi padre en llegar al otro lado de su miedo y que puede no ser el tiempo que tiene Thomas ni el tiempo que tengo yo. Con relaciones que no ceden aunque duelan, que es lo que hizo mi madre durante treinta años con una consistencia que yo no tengo completamente claro que podría haber replicado en su lugar. Con la decisión, que también es una forma de trabajo aunque no lo parezca, de ver a la persona específica que tenemos delante en lugar de la categoría a la que pertenece, que es la decisión más difícil y más necesaria que conozco.

Y con la honestidad.

Con la honestidad de nombrarlo.

De decir: esto es lo que ocurre.

Esto es lo que le ocurre a una niña negra con padres blancos en un internado de Surrey.

Esto es lo que le ocurre a un hombre de Hackney que lleva en su sangre el miedo razonable de quien ha visto lo que se pierde cuando una cultura se diluye hasta desaparecer.

Esto es lo que le ocurre a un político conservador que descubre que la sangre que quería que fuera pura lleva en ella a un maestro nigeriano de Stepney de principios del siglo pasado.

La honestidad no resuelve ninguna de estas cosas. Pero sin ella no hay posibilidad de empezar a resolver nada porque sin ella no podemos ver lo que tenemos.

He hablado en muchos lugares sobre estos temas. He recibido aplausos y he recibido hostilidad y he recibido esa forma particular de condescendencia que es peor que la hostilidad porque viene disfrazada de aprobación. He sido reivindicada como símbolo por personas que no me conocen y he sido cuestionada como impostora por personas que tampoco me conocen. He ganado argumentos que no cambiaron nada y he perdido discusiones que quizás cambiaron algo. No tengo manera de medir el efecto real de lo que hago, que es la condición permanente de quien trabaja en problemas que se miden en generaciones.

Lo que sí sé es esto.

La identidad racial es real en sus consecuencias aunque sea una construcción en su origen. Eso significa que no podemos simplemente

decidirnos a no tenerla en cuenta, porque sus consecuencias siguen ocurriendo independientemente de lo que decidamos.

Pero también significa que las construcciones se pueden deconstruir, que las narrativas se pueden reescribir, que la memoria que las familias y las sociedades eligen preservar es una elección y que las elecciones tienen alternativas.

Joseph Adeyemi fue una elección. La elección de no nombrarlo, de no reconocerlo, de dejar que su sangre viajara en silencio a través de generaciones hasta que yo llegué y la hice visible.

Esa elección se tomó por miedo, que es como se toman la mayoría de las elecciones que producen injusticia: no por maldad sino por miedo. Y el antídoto al miedo no es la valentía heroica de los discursos. Es el trabajo cotidiano, sin aplausos, de elegir ver lo que existe aunque sea incómodo verlo.

Mi padre lo hizo, tarde y torpemente pero lo hizo.

Thomas todavía no puede.

Yo estoy aquí, en el medio, que es donde he estado siempre: en el espacio entre las categorías, en el territorio que no tiene mapa porque nadie lo había habitado antes de exactamente esta manera, con exactamente esta historia y exactamente este cuerpo y exactamente estas preguntas.

No les voy a decir qué pensar sobre todo esto. Eso sería traicionar el único compromiso que he honrado consistentemente a lo largo de mi vida, que es el de respetar la inteligencia de quien me escucha lo suficiente como para presentarle los hechos y dejar que llegue a sus propias conclusiones. Si creen que mi padre hizo lo suficiente, bien. Si creen que no hizo suficiente, también bien. Si creen que Thomas tiene razón en su miedo, tienen argumentos a su favor. Si creen que ese miedo es inaceptable independientemente de su origen, también los tienen.

Lo que no les voy a permitir es la comodidad de una respuesta fácil.

Porque no la hay.

La segregación racial persiste no porque los segregacionistas sean monstruos irredimibles sino porque el miedo es tenaz y la historia es larga y las estructuras que el miedo construyó son más resistentes que las intenciones de los individuos que quieren desmantelarlas. Mi padre lo intentó. Thomas lo intenta. Yo lo intento. Y sin embargo aquí estamos, con el problema todavía presente y todavía adaptándose y todavía encontrando nuevas formas de sobrevivir a los argumentos que deberían haberlo derrotado.

¿Qué hacemos con eso?

Seguimos.

No con optimismo, que es un lujo que requiere evidencia que todavía no tenemos. Con determinación, que es diferente al optimismo porque no

depende de los resultados sino de la convicción de que la alternativa, que es rendirse a lo peor de nuestra especie, es inaceptable independientemente de cuánto cueste la otra opción.

Seguimos nombrando a Joseph Adeyemi y a todos los que fueron borrados de sus propias historias porque resultaban inconvenientes para las narrativas que otros necesitaban sostener.

Seguimos diciéndole a los que tienen miedo que el miedo es comprensible y que aun así no es suficiente justificación para lo que ese miedo produce en las personas que reciben sus consecuencias.

Seguimos estando de pie en los lugares donde nos dicen que no deberíamos estar, con la misma calma y la misma precisión y el mismo negocio de existir que hemos tenido siempre, que es el negocio más subversivo que conozco.

Y seguimos haciéndonos las preguntas que no tienen respuesta fácil.

¿Puede el amor individual desmantelar lo que siglos de historia construyeron? No. Pero puede crear las condiciones para que algo diferente sea posible, y eso no es nada, eso es en realidad bastante, aunque no sea suficiente.

¿Tiene sentido seguir luchando cuando ni siquiera el hombre que amabas pudo llegar al otro lado de su propio miedo? Sí. Porque el sentido de la lucha no depende de sus resultados inmediatos sino de si la alternativa es tolerable. Y la alternativa no lo es.

¿Quién soy yo, Janice Sterling-Grant, negra, hija de padres blancos, bisnieta de Joseph Adeyemi de Abeokuta, para hablar de todo esto?

Soy exactamente quien necesita hablar de todo esto.

Porque soy la prueba de que la sangre no olvida aunque la familia sí lo haga.

Porque soy el lugar donde se encuentran historias que el mundo prefería que no se encontraran.

Porque estoy aquí y no me iré, y eso, en un mundo que durante siglos ha invertido energía considerable en hacer que personas como yo no estuvieran o no se notaran o no hablaran, eso es en sí mismo una declaración.

Me llamo Janice Sterling-Grant.

Soy negra.

Mis padres son blancos.

Mi bisabuelo era nigeriano y llegó a Londres en 1906 con una beca metodista y cambió sin saberlo todo lo que vendría después, incluyendo este momento, incluyendo estas palabras, incluyendo a ustedes leyéndolas o escuchándolas y decidiendo qué hacer con ellas.

Eso es todo lo que tengo.

Es suficiente para seguir.

—FIN